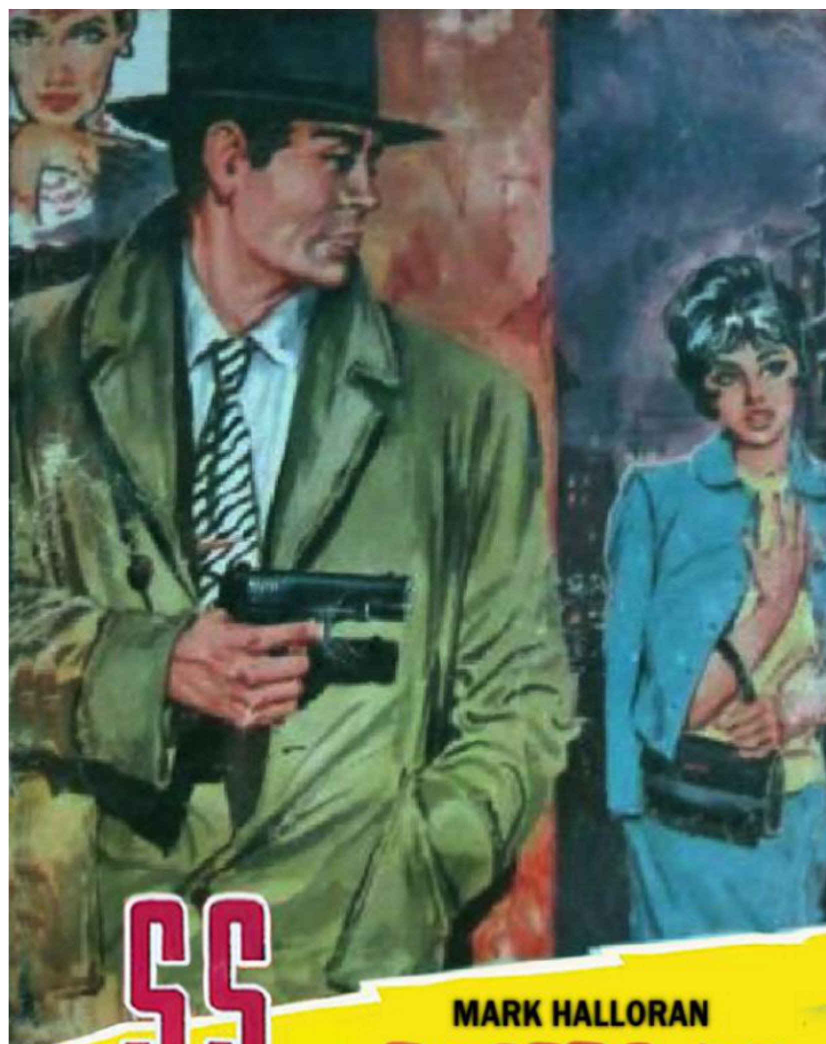


SS
SERVICIO
SECRETO
MARK HALLORAN
RASTRO DE
SOMBRAS

MARK HALLORAN

RASTRO DE SOMBRAS

1.ª EDICIÓN
FEBRERO - 1961



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

DEPOSITO LEGAL B 15.679 - 1960

PRINTED IN SPAIN -IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1961

CAPÍTULO PRIMERO

La brisa agitaba las cortinas de muselina de la puerta que daba paso al balcón. La puerta estaba abierta. Por ella penetraban el rumor del tránsito y la frescura deliciosa de la noche.

Leslie anotó mentalmente todo esto cuando entró en la habitación, inmediatamente después de haber encendido la luz. Lo anotó porque, al salir, había dejado la puerta del balcón cerrada.

Seguro.

Llovía cuando se marchó, y el agua salpicaba. Había cerrado.

La puerta del balcón probablemente la había abierto desde fuera el hombre que ahora yacía delante del diván, tendido de bruces, una pierna encogida, sus manos crispadas asiendo y arrugando la alfombra manchada de sangre.

Leslie le miró desde lejos.

Un hombre ligeramente calvo, de cuerpo atlético, vestido con un traje de espiga gris, calzado con lustrosos zapatos negros. Un hombre que podía ser Valerian Pugaciov, en cuyo caso, si lo era, todo habría terminado antes de empezar. Porque el hombre estaba muerto: saltaba a la vista.

Leslie entornó los párpados y, sin moverse, sin dar un paso hacia el cadáver, encendió un cigarrillo.

Creía recordar bastante bien a Pugaciov. Bastante bien, a pesar de los años.

Cuando su primer encuentro se produjo, acababa de ser detenido Fritz Meier y había paracaidistas alemanes merodeando en torno a Teherán. Cuando se produjo el segundo, los artilleros de las baterías antiaéreas rasas, establecidas entre Sani y Yalta, habían demostrado una peligrosa inclinación a disparar contra los aviones norteamericanos. Con ocasión de ambos encuentros, ni aunque ni él ni Pugaciov tuvieron en ello parte directa, había cambiado la suerte del mundo.

Teherán.

Leslie acababa entonces de cumplir los veintitrés años y servía a las órdenes de Mike Reilly[1]. Había sido tildado coléricamente de desertor cuando se alistó para luchar en el Pacífico; fue reclamado, desmovilizado, repatriado y reincorporado a su puesto en la Casa Blanca con una reprimenda.

—Hacer la guerra, muchacho, no consiste únicamente en vestir de uniforme y pegar tiros. —Leslie había escachado sin pestañear—. Consiste en que cada uno cumpla con su deber, y aquí es donde debes tú cumplir el tuyo. Miles de hombres sirven para apuntar con un rifle a los nipones. Pocos, muy pocos, sirven en cambio para lo que sirves tú.

La guerra.

Un día, Churchill, Roosevelt y Stalin acordaron conferenciar en Teherán, y el Servicio Secreto desplegó sus fuerzas en la capital persa: la guerra tenía estas cosas. Poco antes de la fecha fijada para la histórica reunión, el NKVD soviético comunicó la desagradable noticia de que una partida de paracaidistas alemanes había sido lanzada en las cercanías de Teherán, dentro de la zona del país que ocupaban los rusos. Todo indicaba que dichos paracaidistas se ocultaban en las montañas, aguardando ellos sabían qué. Sólo que el NKVD y el Servicio Secreto también lo sabían.

Las accidentadas e inhóspitas montañas del Irán son un excelente lugar para ocultarse y una base idónea para organizar incursiones fructíferas, como lo han probado innumerables generaciones de bandidos y guerrilleros persas. Mientras tanto, empero, combinando sus operaciones y desarrollándolas a alta presión, los servicios de inteligencia británicos, rusos y norteamericanos lograron capturar a un prominente espía alemán, Fritz Meier, quien, sometido a «vigoroso interrogatorio», confesó haber estado esperando a que los paracaidistas se pusieran en contacto con él para iniciar la fiesta.

Era ya tarde para suspender la conferencia, aplazarla o lo que fuere, y no había otro remedio que extremar las precauciones. Dado que los alemanes estaban en su zona, los rusos procuraron esmerarse en la tarea. Así, el mismo día en que el presidente Roosevelt llegaba a Teherán, anunciaron con satisfacción que cierto número de paracaidistas enemigos habían caído en sus manos. Su

satisfacción, empero, disminuyó cuando el interrogatorio de los prisioneros reveló que el grueso de la partida merodeaba libremente por el área de la capital, armado de metralletas y granadas y provisto de un transmisor de radio.

El Servicio Secreto estaba sobre ascuas. Roosevelt se había alojado en la Legación de los Estados Unidos, edificio que quedaba aislado en un distrito de la ciudad sumamente alejado de las representaciones rusa y británica, y que además carecía de la oportuna protección. Dado que los establecimientos ruso e inglés se hallaban resguardados por altos y sólidos muros, los T-men resolvieron que el presidente se trasladara a uno cualquiera de ellos y lograron convencerle. Roosevelt eligió la embajada soviética.

¡Qué traslado!

La mañana en que se efectuó, todo el trayecto desde la Legación americana hasta la embajada rusa estaba guarnecido de soldados, alineados hombro con hombro. A lo largo de este pasillo de carne y armas desfilaba un impresionante cortejo de carros de combate y *jeeps* atestados de tropas con armamento pesado. Roosevelt, un poco pálido, pero sonriente, fue metido en un coche con el mayor disimulo y conducido, no por el pasillo en cuestión, sino por un dédalo de callejuelas secundarias completamente desguarnecidas, hasta el interior del recinto soviético. La maniobra se ejecutó sin novedad.

A mediodía, relajada ya la tensión nerviosa, el agente Leslie Gennerich, miembro de la escolta presidencial, coincidió ante el bufete de la embajada con el capitán Valerian Pugaciov, de la NKVD, uno de los conductores del interrogatorio de los paracaidistas alemanes capturados.

—Permítame ofrecerle un vaso de mi vodka particular —le dijo Pugaciov con una amable sonrisa—. Hay tanta diferencia entre mi vodka y todo cuanto pueda usted beber aquí como entre el invierno ruso y el verano persa.

Leslie bebió muchos vasos del vodka particular del capitán antes que la Conferencia de Teherán terminase y las delegaciones participantes regresaran a sus respectivos países.

—Volveremos a vemos —aseguró Pugaciov al despedirse—. Somos amigos, ¿no es así? ¡Grandes amigos! Conviene tener amigos

en todas partes, pero muy especialmente en América, cuando se es ruso, o en Rusia, cuando se es americano.

Volvieron a verse en Yalta.

Leslie recordaría siempre los apuros de Yalta, como recordaba los apuros de Teherán y los de un centenar de lugares distintos. El grupo de T-men de que él formaba parte embarcó a bordo de un avión en Túnez, y cuando se dirigían a Rusia fueron sorprendidos sobre el Mar Negro por una terrorífica tempestad. El piloto se elevó hasta los cinco mil metros en busca de una zona de calma, pero cayó peligrosamente hasta menos de setecientos metros cuando comenzó a formarse hielo sobre el aparato.

Para los agentes, a quienes aquel zarandeo en medio de la oscuridad de la noche había revuelto el estómago y puesto la cara de color verde, Ed Coates, el piloto, tenía una noticia hasta cierto punto consoladora.

—Esto no durará mucho, chicos —anunció saliendo un instante de la carlinga—. No creo que lo consigamos; Es mejor que os coloquéis los paracaídas. Hay noventa y nueve probabilidades sobre cien de que nos estrellemos.

Se cumplió, afortunadamente, la probabilidad número cien, y las familias de los T-men no cobraron sus correspondientes seguros de vida. El aparato efectuó un aterrizaje de emergencia en la primitiva pista aérea de Saki, a más de trescientos kilómetros de Yalta, donde unos tragos de vodka restauraron los ánimos.

Pero he aquí que el aparato en que viajaba el presidente Roosevelt debía también aterrizar en Saki, y Mike Reilly supo, con la consiguiente alarma, que los servidores de las baterías antiaéreas rusas, por error, por el gusto de darle al gatillo o por lo que fuese, habían astado disparando contra los aviones americanos. Consultó la cosa. El general Ira Eaker, de la USAF[2], tenía una idea: conseguir autorización de los rusos para estacionar observadores americanos en todas las baterías situadas a lo largo de la rata de Yalta, con objeto de que mantuvieran inmóviles los gatillos cuando el aparato presidencial las sobrevolase.

La idea le pareció a Reilly lógica, y, por consiguiente la expuso al general Artikov, jefe de la NKVD. La respuesta del general fue un brusco «Niet».

—*Okey*— replicó el

T-man.

—Si no hay observadores no hay Roosevelt.

Una hora después, tras haberlo consultado con el propio Stalin, el jefe de la NKVD accedía. Hubo observadores, hubo Roosevelt, la Conferencia de Yalta se celebró, y su sello quedó impreso en la Historia de Europa.

Leslie Gennerich y Valerian Pugaciov, que entonces era ya teniente coronel, lo comentaron tomando el agradable sol de Crimea e ingiriendo unos vasos de vodka particular del ruso.

—Ahora somos ya buenos amigos —repitió el agente soviético cuando sonó la hora de despedirse—. Volveremos a vernos. Conviene tener amigos en América, cuando uno es ruso, o en Rusia, cuando uno es americano.

Pero no volvieron a verse.

Sólo aquello. Sólo aquellos dos encuentros fortuitos, al azar de la guerra; dos encuentros sin importancia, hacía ya un porrón de años.

¿Sin importancia? ¿Realmente sin importancia?

Leslie sacudió la ceniza de su cigarrillo, avanzó hacia el cadáver, y cuando estuvo a su lado lo movió con el pie para verle el rostro.

Suspiró.

No era Valerian Pugaciov. No era posible que en aquel tiempo hubiera cambiado tanto. Era un desconocido.

CAPÍTULO II

Madame Cozza le echó agua al ajenjo y estudió atentamente cómo se enturbiaba la transparencia amarillo-verdosa del líquido.

—¿Quieres? —ofreció.

—Ya sabes lo que quiero —replicó Leslie. En pie frente a la ventana, entreabriendo con un dedo los visillos de encaje, veía caer la lluvia sobre la romántica Rué Sanguin—. Han matado a un hombre en mi habitación. Un perfecto desconocido. Allí está ahora, con la alfombra manchada de sangre, como un regalo de Pascua. Necesito ayuda.

—¿Qué hotel? —preguntó *madame* Cozza suavemente.

—El «Bretagne».

—Dios te ampare, Gennerich —suspiró la mujer—. Un respetable hotelito burgués para familias provincianas, tranquilo y barato. Pudiste elegir otro mejor.

—Soy, a mi modo, un burgués provinciano. —Los automóviles encendían sus luces de cruce cuando llegaban a la esquina de la Rué Sanguin y la Rué Deux Clochers—. Bien, ¿qué dices?

—Digo que no.

—Piénsalo, querida.

Madame Cozza levantó el vaso de ajenjo y bebió un sorbo. La luz de la lámpara de sobremesa arrancó destellos a los anillos que adornaban su delicada mano.

—Digo que no, Gennerich —repitió—. Sé honesto una vez en la vida, Pierrot y yo teníamos una deuda contigo pero la hemos saldado de sobra en los últimos años. Ni tú puedes en justicia venir a reclamarnos nada, ni nosotros podemos comprometernos de nuevo, y menos ahora.

—¿Ahora?

—Los gendarmes andan mariposeando en torno a Pierrot.

—¿Por qué razón?

—Más o menos la de siempre. Ha habido algunos embarques de importancia, y en uno fueron las cosas demasiado lejos. La mercancía no resultó lo que era de esperar. Averiada, digamos.

—Me alegro por ella.

Un esbozo de sonrisa se insinuó en el frío rostro de la mujer.

—Siempre sentimental, Gennerich.

El hizo una mueca.

—Quizá. He visto en los puertos tropicales de América y de Oriente Medio la mercancía que tu marido exporta, y la visión convertiría en sentimental a un pedazo de granito. Debió haber entre mis antepasados alguna persona decente de verdad; de ella he heredado la repulsión instintiva hacia la trata de blancas, sin duda. Pero dejemos esto. —Leslie se apartó de la ventana para aproximarse a la mujer y fijar la mirada en sus ojos—. He olvidado decirte que no reclamo servicios, los compro. Bien pagados, Martine.

—¿Tú?

—Bien pagados.

—Deja que me ría.

No rió.

—Esta vez es distinto —dijo Leslie con amabilidad—. He venido a París por un asunto de primer orden, de primerísimo orden. Estoy a flote. Mírame Martine. Quiero que alguien saque esta misma noche el fiambre de mi habitación y se ocupe de limpiar la alfombra.

Fija tú el precio.

Madame Cozza, con el vaso en alto, sostenía su mirada.

—Mil francos nuevos —lanzó en tono desafiante.

Leslie se encogió de hombros. Sin una palabra, sacó un billetero del bolsillo posterior de sus pantalones, contó el dinero con fingido descuido y lo depositó sobre la mesa.

La mujer abrió la boca.

—Mil francos —dijo él—. ¿Cuándo?

Ella tomó los billetes y los examinó a la luz.

Bebió un sorbo de ajenjo.

—Me has frito, Gennerich.

—¿Cuándo?

—Tengo que hablar con Pierrot.

—Prescinde de tu marido ahora. Es urgente, es de una urgencia del diablo. ¿Cuándo, Martine?

Madame Cozza consultó el relojito de oro ceñido a su muñeca.

—Ve al café «Reynaud» dentro de dos horas. ¿Sabes dónde está?

—No.

—En la Rué

D’Assas.

Enviaré a un hombre. Llévale al hotel, muéstrale el paquete y él decidirá lo que se debe hacer. Pero con una condición.

—Ninguna condición, querida.

Sin inmutarse, la mujer empujó los billetes en dirección a Leslie.

—Como gustes. Llévate el dinero y llama a otra puerta. Ésta se te ha cerrado…

—Martine, no seas así.

—No habrías acudido a mí si no fuera como soy.

El titubeó.

—A ver la condición.

—Nunca me he embarcado en un negocio a ciegas, ni por mil francos ni por mil millones. La condición es saber qué ocurre, qué se debate, en qué consiste.

—¡Ojalá lo supiera yo! He llegado esta tarde a París, me he instalado en el hotel, he salido a cenar. Cuando he vuelto, estaba abierto el balcón, que yo dejé cerrado. Alguien lo había forzado desde el exterior. He encontrado a un hombre muerto, un desconocido que…

—Sigo a ciegas —interrumpió la mujer con sarcasmo—. Gennerich, no me tomes por tonta. Dices que has venido a París por un asunto de primer orden. Perfecto. —Sus dedos rozaron los billetes—. Me interesa menos tu dinero que tu asunto.

Leslie replicó lentamente:

—Saber demasiado puede significar la muerte.

—¿Mi muerte?

—Sí.

—Eso es cuenta mía… Mía y de Pierrot.

—¿Te arriesgas?

—Cuando en un platillo de la balanza está la muerte, en el otro suele haber una fortuna.

—No siempre —dijo él, pensativo—. Pero no importa. Yo nada

tengo que perder. —Tendió distraídamente la mano y oprimió el tapón de la botella de ajenjo que se hallaba sobre la mesa—. He venido a París citado por un hombre que no ha acudido a la cita. Tenía que haberse presentado esta noche, a la hora de la cena, en un restaurante de Montmartre.

—¿El mismo que ha muerto?

—No, al muerto no le conozco, y al otro sí. Un ruso, Martine. Un fugitivo de Rusia, para ser exacto. Se llama Valerian Pugaciov, aunque es posible que utilice un nombre falso en estos momentos. Probablemente se oculta. Si sus compatriotas le encuentran no vivirá para contarlo.

Madame Cozza entornaba los párpados.

—Repíteme el nombre. —Valerian Pugaciov.

—¿Un fugitivo político?

—No precisamente político. Digamos… un fugitivo técnico. Un profesional.

—No te entiendo, Gennerich.

—Pugaciov desempeñaba un alto cargo en la NKVD —dijo Leslie a media voz. Sus ojos escrutaban el rostro de la mujer—. Ha escapado, ha desertado; ignoro el motivo. Nos conocimos años atrás. Simpatizamos. Me ha enviado aviso a Londres de que estaba en París y quería hablarme. La cita era para esta noche. He venido en avión esta tarde, pero, repito, él no ha acudido a la cita, y en su lugar he encontrado un fiambre en mi cuarto.

—¿Sabía el ruso que te alojarías en el «Bretagne»?

—No lo sabía ni yo. He reservado la habitación al azar, por teléfono, desde el aeropuerto.

—¿Sabía en qué avión llegabas?

—No sabía nada. Su aviso no pedía respuesta. Me limité a recibirlo y emprender el viaje en el momento oportuno.

El bello y frío rostro de *madame* Cozza expresaba ligera preocupación.

—No me explico, Gennerich, que tú andes metido en un lío así.

—Habría muchas cosas mías que no te explicarías si me conocieras mejor.

—¡Pero tú! ¡Leslie Gennerich! ¡Viniendo en busca de un agente secreto ruso! ¿Cómo demonios es posible? O resultará…

—Está bien, Martine.

—¡Gennerich!

—La de hoy es noche de sorpresa. No profundicemos, será mejor.

La preocupación de la mujer había cedido su lugar al asombro.

—Mil francos por librarme del cadáver. Cinco mil más si encuentras a Valerian Pugaciov con vida.

—A Pierrot se le cortará el hipo. No por el dinero. Por ti. Por el hecho de que un sinvergüenza como tú…

—Hay profesiones, querida, que sólo un sinvergüenza puede desempeñar con éxito. Y si estuviera en tu pellejo, ¿no sabes?, cerraría la boca sobre todo lo relacionado conmigo. El silencio es saludable. Yo he cerrado la boca con respecto a vosotros durante años, y ahora empezarás a darte cuenta de la catástrofe que os habría caído encima si la hubiese abierto.

—Cielos, Gennerich, no me asustes. Has estado viviendo en París a salto de mata, metido en cincuenta porquerías, apareciendo y desapareciendo al buen tuntún. Una basura entre basuras. Se decía que habías sido policía en tu país, que hubo un escándalo y te echaron, que no tuviste más remedio que largarte y venir a arrastrarte por Europa. Sé de buena tinta que eso es cierto. Pierrot y sus amigos corsos están muy bien informados de lo que ocurre en América; necesitan estarlo para que nadie les pise la exportación de mandanga. Tú eras policía y te dejaste untar la mano por cuestión precisamente de un paquete de cocó entrado de matute en Baltimore, y te descubrieron, y te expulsaron. ¿Resulta ahora que todo fue una farsa?

—Quizá lo fue. —Leslie contemplaba a la mujer con un remoto aire de burla—. Pero yo no era policía…

—¿Ni siquiera policía?

—Allí hacemos distingos. Yo pertenecía al Servicio Secreto del Departamento del Tesoro. Era lo que en América llamamos un T-man.

—¿Y te expulsaron o no?

—Aparentemente sí. Te he dicho que será mejor que no profundicemos.

Martine Cozza había terminado su ajenjo. Miró la botella, pero no se resolvió a llenar de nuevo el vaso.

Exhaló el aliento.

—Así que hemos estado sentados sobre un barril de pólvora. De modo que tus favores han sido siempre interesados. De modo que hemos tenido entre nosotros una víbora. Empiezo a notar que no me gusta tu cara, Gennerich.

—Es ya tarde para fijarse en mi cara. Escúchame bien, Martine. Todo lo vuestro, narcóticos, trata de blancas, contrabando, falsificación de pasaportes, todos vuestros cochinos negocios no me incumben. Puedo cerrar los ojos. Mi trabajo va mucho más allá. Me muevo en otra esfera, en otra dimensión. Cuando a un médico se le está muriendo de polio un paciente, poco le importa que al infeliz le salga un grano en la mejilla. Vosotros y la gente como vosotros sois el grano en la mejilla.

La mujer escuchaba con atención.

—Y ese ruso, Pugaciov, es la polio.

—Podría serlo.

—¿Querrías contestar a una pregunta, Gennerich? ¿Querrías explicarme por qué, después de tantos años, te quitas de repente la careta ante mí?

—Porque sospecho que me encuentro en un momento crítico, o por lo menos así lo dan entender los síntomas; porque Valerian Pugaciov puede representar una de los mejores golpes de mí carrera, y, en fin, porque si se oculta en París y sigue vivo, Pierrot y tú le encontraréis.

—Tu carrera —repitió ella con un expresivo movimiento de cabeza—. Da no sé qué oírte hablar de tu carrera. Pero si es como dices, va a costarte diez mil francos en lugar de seis mil. Una cosa es que pagues tú, y otra que pague el Gobierno de los Estados Unidos.

Leslie, indiferente, sacó de su billetero mil francos más y los arrojó sobre la mesa.

—Como anticipo. El resto a cambio de Pugaciov.

Los ojos de Martine Cozza relampaguearon.

—Lamento no haberte pedido cincuenta mil.

—Querida, el dinero es un lastre que ayuda a bajar a la tumba. Dentro de dos horas en el café «Reynaud».

La mujer asintió.

—Siéntate a una mesa, coloca un periódico doblado, encima un paquete de tabaco, y sobre el paquete una caja de fósforos. Servirá

para que mi hombre te identifique.

—Gracias.

—Otra cosa, Gennerich. —Martine sonrió sin alegría—. Será la última vez que te vendo mi ayuda, y la última que entras en esta casa. A veces, cuando ha pasado el ataque de polio y el enfermo está fuera de peligro, los médicos se dedican a eliminar los granos de la mejilla, sobre todo si con ello pueden alargar un poco la cuenta de sus honorarios.

El la contempló, mientras se guardaba el billetero en el bolsillo.

Una gran mujer.

Una estupenda mujer, rubia, airosa como una maniquí, ya con su belleza en un punto de turbadora madurez, mórbidas e inquietantes las formas. Vestía un sobrio y escotado traje negro. Sentada de costado junto a la mesa, sus piernas cruzadas eran dignas de admiración.

Una mujer con tres amores: las joyas, el ajenjo y Pierrot Cozza.

—No sabes cuánto voy a lamentarlo —dijo Leslie. Y no mentía.

El periódico, el paquete de tabaco, los fósforos, toda la historia resultó inútil. Fue el propio Pierrot Cozza quien acudió al café.

Leslie le vio aparecer ante su mesa, apartar una silla y sentarse.

—Toma algo —le invitó.

El hombre le miraba con hostilidad.

—Nunca bebo con polizontes. Se me atraganta.

Cozza tenía cuarenta años, los ojos negros y las sienes grises. Vestía, más que con elegancia, con atildamiento, pero no por atildado era menos varonil, menos duro o menos peligroso. Desde gigoló, pasando por capitán de «maquisards», hasta «souteneur» y contrabandista, había sido en su vida infinidad de cosas. Con la misma actitud hosca y distante había escuchado la lectura de la orden del día en que se le condecoraba por sus hazañas bélicas y la sentencia, años después, en que se le enviaba a la cárcel. En la misma actitud se había presentado en la «mairie» de «Les Lilas» para casarse con la rubia Martine exestrella del espectáculo de «*strip-tease*» de «Le Ballon Rouge»; y en la misma imponía su autoridad, ahora, rico y bien protegido, entre los corsos del hampa de París.

Un gran hombre. Un Napoleón de los bajos fondos.

Leslie recogió calmosamente el tabaco y las cerillas y se los guardó en el bolsillo. Sacó unas monedas para pagar el coñac que había bebido mientras esperaba. Cozza, sin decir ni pío, se limitaba a mirarle.

—¿Vamos?

—Un momento. —El corso extendió el brazo a través de la mesa —. Martine me ha contado esa indecencia tuya. He venido en persona para asegurarme de que no preparas una gorrinada. A ella se la ciega con dinero, pero a mí no. Ojo alerta, Gennerich. Sería un placer trufarle el cuerpo de plomo a un polizonte americano.

—No soy un polizonte americano.

—Lo que seas.

—Y no le habría contado a Martine lo que le he contado si preparase una gorrinada.

—Tú sabrás. Me limito a prevenirte.

—¿Vamos? —repitió Leslie tranquilamente.

Fueron.

Cozza tenía en la calle su coche, un «Alfa-Romeo» de lujo, a lo gran caíd. Había superado ya la etapa del «Cadillac» o del «Chrysler Imperial», ostentosos, pero chabacanos.

Ni una palabra hasta el hotel.

La habitación.

La luz.

—¿Y bien? —inquirió el corso.

Leslie apretó los puños.

El cadáver había desaparecido.

¡Desaparecido!

Sólo la alfombra arrugada y manchada de sangre denotaba el lugar donde yació. El balcón continuaba abierto.

—Alguien se lo ha llevado…

Cozza murmuró una maldición. Consultó su reloj y de una zancada retrocedió hasta la puerta.

—Falló algo, Gennerich, ¿no es así? —dijo entre dientes—. ¡Falló algo! Espero que no sea demasiado tarde… Tendrás noticias mías, te lo aseguro.

—¡Aguarda! —exclamó Leslie.

Pero el corso ya se había marchado.

CAPÍTULO III

Leslie hizo que el taxi se detuviera en la Rué des Ecoles, poco antes de la Politécnica. Dobló la primera esquina, anduvo unos metros, y allí era, en la tienda que ostentaba el rótulo de «Chez Reinach».

La tienda estaba cerrada.

Alzado el cuello del impermeable para defenderse de la llovizna, Leslie palpó a tientas el marco de la puerta hasta tropezar con el botón del timbre que sabía iba a encontrar.

Esperó.

La calle desierta. El pavimento charolado por la humedad.

Luego los ruidos correspondientes, la mitad de la puerta se abrió un palmo. Una cadena la retenía por la parte interior.

—¿Quién es? —preguntó una voz áspera—. No le veo la cara.

—Gennerich.

—¿Gennerich? Narices. A ver, póngase de modo que le dé la luz de la calle. —Leslie obedeció, y oyó un gruñido de asentimiento—. De modo que eres tú.

La puerta fue abierta.

—Sí.

Dentro de la tienda se encendió una lámpara. Leslie entró, y enseguida el hombre volvió a cerrar.

Era un individuo de corta estatura, completamente calvo, ataviado con un guardapolvo, calzado con zapatillas de felpa. Tenía la nariz grande y los ojos muy juntos, agudos, astutos, chispeantes; unos ojos que desmentían lo humilde, lo casi miserable de su aspecto.

—De modo que eres tú y has vuelto a París. —Colocaba la cadena en la puerta, cerraba con llave—. Mal signo, Gennerich.

—¿De qué tienes miedo? —inquirió el americano observando sus maniobras—. Antes no eras tan precavido.

—El mes pasado mataron a un colega a cien pasos de aquí.

—¿Un colega en qué?

La tienda era un comercio de antigüedades. Un comercio pobretón, polvoriento, lúgubre.

—Quiero decir un anticuario. Le partieron el cráneo de un martillazo cuando sorprendió a unos ladrones desvalijándole la caja.

—En la tuya no encontrarían más que telarañas. Vamos adentro. Tengo que hablarte, Samuel.

El hombrecillo dio una carrerilla para interceptar el camino de Leslie.

—¡Oh, no! Me refiero… No es necesario. —Tosió—. Está todo un poco en desorden.

Aquí hablaremos con más comodidad.

El americano le miró escrutadoramente.

—¿Qué te pasa?

—Desorden, Gennerich. Detesto…

—A mí no necesitas engañarme.

—Ni lo intento siquiera.

—Está bien —dijo Leslie—. Este museo de porquerías pasadas de moda me da náuseas, así que hablaremos donde quiera yo. Envejeces, Samuel.

Apartó al anticuario con firme ademán y echó a andar a través de la tienda, sorteando butacas apolilladas, porcelanas rotas y encoladas, cuadros de colores sombríos y relojes que ni marcaban la hora hacía lustros.

Reinach suspiró quejumbrosamente y le siguió.

Un tramo de pasillo al fondo, detrás de una puerta.

Luego el contraste.

Bellos papeles en las paredes, muebles exquisitos, objetos de arte, luces. En las habitaciones de la trastienda, Samuel Reinach vivía con esplendor. El contraste con la covacha dejaba atónito a quien entraba allí por primera vez.

Pero no fue aquello lo que sorprendió a Leslie, familiarizado con la trastienda del anticuario desde hacía tiempo.

Fue una mujer.

Se había evidentemente puesto en pie al oír que alguien llegaba. Estaba junto a un sofá, a la expectativa, los labios entreabiertos, la

mirada curiosa.

Leslie se detuvo como si hubiera topado con un obstáculo.

¿Veintidós años?

La mujer no tendría más. La juventud estallaba en ella con tentadora exuberancia, con lozanía y frescura primaverales. Vestía una blusa de madrás y unas mallas de espuma de nylon negra que no borraban una sola línea de su pasmosa figura, y, sin embargo, pese a hallarse tan en evidencia, era lo no evidente de su persona lo que más llamaba la atención; era el enigma de su media sonrisa, era la sombra de sus ojos de gacela, era el encanto secreto del corte de su cara. Pura delicia.

El americano sintió una cosa rara dentro de sí.

—Mis excusas, Samuel —dijo por encima del hombro—. Quizá no envejezcas… Quizá sea precisamente lo contrario.

Reinach replicó:

—Es mi hija Esther.

—¿Tu hija?

—Sí.

—Nunca imaginé que tuvieras una hija.

—Estudiaba en Suiza —explicó el anticuario de mala gana—. Ha vivido lejos de mí desde que murió su madre. Está aquí solo temporalmente. Pasemos a mi despacho, Gennerich.

Leslie saludó con una sonrisa a la muchacha. Se presentó:

—Leslie Gennerich, señorita. Un viejo amigo de su padre. Un amigo que siente por él sincero afecto.

Notó que la mano de Reinach le oprimía el brazo con impaciencia.

—Pasemos a mi despacho…

—He tenido mucho gusto —dijo suavemente la joven—. No, papá, podéis quedaros. Es hora ya de retirarme. Buenas noches. Buenas noches, señor Gennerich.

El americano la siguió con la mirada cuando fue a besar la calva de su padre, cuando desconectó la radio que estuvo escuchando. Ella lo notaba. De reojo, moviéndose ágil y sinuosamente en sus mallas negras, correspondió a la mirada de él, y hubo en sus sombrías pupilas un relámpago de burla.

—Buenas noches —repitió.

Abandonó la sala de estar.

Reinach tosía.

—Muy bien, lo comprendo —dijo Leslie—. La chica es un ángel, una blanca azucena. —Sonrió ante la imagen de una blanca azucena con ajustadas mallas negras de espuma de nylon—. Vive en otro mundo, ajena a las bajezas y miserias porque uno ha de pasar para salir a flote. Educada en Suiza. Admirable, Samuel. No conviene que conozca a los amigos de su padre, en particular a determinados amigos, y a Leslie Gennerich entre ellos.

El anticuario le miró a la cara.

—Si he de serte franco, así es. Siempre he acariciado la esperanza de cambiar de vida y renunciar a todo esto cuando Esther terminase sus estudios. Tengo dinero suficiente. ¿Por qué no? Buenas inversiones, residencia en Ginebra, el retiro, un caballero francés y su hija. —Reinach desvió súbitamente la mirada y se apartó de Leslie para dirigirse hacia un suntuoso mueble-bar, cuyas puertas abrió—. ¿Coñac, Gennerich?

—Todos soñamos a ratos perdidos. Sí, coñac, gracias.

—No son sueños.

—Tú no eres un caballero francés.

El anticuario tomó una botella y dos copas panzudas.

—Lo soy para mi hija. Puedo serlo por mi hija. Un caballero excéntrico que durante unos años se ha divertido manteniendo una tienda de antigüedades en el Barrio Latino de París.

—Un perro judío, un usurero, un cochino espía capitalista, un cobarde, un traidor, un exconfidente de los nazis que llevó a un centenar de hermanos de raza a las cámaras de gas —recitó Leslie con dulzura—. Sueña, sueña, querido.

La mano con que Reinach llenaba las copas no tembló.

—Sólo vive una persona que sepa eso, Gennerich, y eres tú; las demás han muerto. Pero tú sabes además cómo lo he pagado, con qué agonía, con cuántos años de angustia. Tú me has ayudado a pagarlo. Y tú crees, ¿no es así?, que un hombre tiene derecho a enterrar un día el pasado y hacer de sus sueños realidad.

—Sí, tiene ese derecho. Salvo que siempre le entierran a él antes de haberlo ejercido. —Leslie avanzó unos pasos para tomar la copa que el anticuario le ofrecía—. Dejemos este tema, Samuel. Permíteme añadir únicamente que no se construye la felicidad con mentiras ni se pone uno a salvo escondiendo la cabeza como el

avestruz. Si deseas encontrar la paz junto a tu hija, consigue que ella te acepte como quien eres y tal como eres. No es tan difícil, a fin de cuentas.

—No lo es para ti. Pero, en el fondo, tú me odias y me desprecias.

—Te equivocas.

—Lo leo en tus ojos, Gennerich.

Leslie levantó la copa y bebió un sorbo de coñac.

Lees al revés. Nadie en el mundo te aprecia como yo, ya ves lo que te digo, y sabes que es cierto. Ni siquiera tu hija. Porque el padre a quien ella ama no eres tú, tú, Samuel Reinach, el montón de estiércol, sino un hombre que no existe y a quien tú has inventado. Ya ves lo que te digo.

Reinach le volvió la espalda.

Estuvo así un momento. Luego preguntó:

—¿Qué haces en París?

—Perseguir fantasmas… —respondió el americano con alivio—. He llegado esta tarde, y palabra, Samuel pensaría que me han gastado una broma si no hubiera visto y tocado a un hombre muerto, si su sangre no manchara todavía la alfombra de mi habitación de hotel. Es una historia que te interesará. Necesito tu ayuda. —Leslie sonrió tristemente—. Si es verdad que vas a establecerte en Ginebra como un respetable caballero francés, quizá tu última ayuda.

El anticuario continuaba de espaldas.

—Cuenta.

—Durante la guerra, cuando yo estaba aún en el Servicio Secreto, destinado a la escolta del difunto Roosevelt, coincidí por dos veces, una en Teherán y otra en Yalta, con un alto oficial del NKVD llamado Valerian Pugaciov. No sé por qué, el pájaro me cobró simpatía; primero pensé que trataba de sonsacarme, luego vi que no, y empecé a sospechar si lo que pretendía era largarse de Rusia y obtener de antemano un apoyo en los Estados Unidos, para lo cual me habría elegido a mí, por el hecho, supongamos, de que yo era el más joven de los agentes de la escolta. Sin embargo, nada de esto ocurrió. Pasaron los años, y Pugaciov continuó en Rusia. Su estrella sufrió un momentáneo eclipse al morir Stalin, pero luego ha vuelto a brillar, y ahora era general y estaba al frente de la Oficina

Estratégica del NKVD, uno de los puestos clave de la policía secreta soviética. De pronto, fíjate, he recibido en Londres, a mi nombre, a mis señas, una carta con matasellos de París, en la que alguien que se firmaba Valerian Pugaciov me recordaba nuestros encuentros en Teherán y Yalta, y anunciaba que había salido de Rusia, que estaba aquí y que deseaba hablar conmigo. Me daba una cita para esta noche a las ocho en «La Florentine», un restaurante de Montmartre. Fíjate en lo que te digo, Samuel. —El anticuario se volvió lentamente, sosteniendo entre ambas manos la copa de coñac—. Pugaciov me ha escrito a mí, precisamente a mí. ¿Por qué? No sólo no pertenezco ya al Servicio Secreto, sino que lo abandoné en medio de un escándalo. ¿Cuántas personas saben que aquello fue una cortina de humo para disimular mi paso a la CIA? ¿Cuántas saben que he estado trabajando para la CIA, mientras vivía exilado en Europa codeándome con el hampa y aceptando por un puñado de dinero cualquier tarea sucia? Lo sabes tú. ¿Quién más? ¿Puede saberlo Pugaciov? ¿Llegan tan lejos los canales de información del NKVD?

—Lo ignoro —dijo Reinach—. Es posible que lleguen.

—Y aunque fuera así, ¿se tomaría Pugaciov la molestia de hacerme venir de Londres, a mí, un tipo con quien, simplemente, tuvo hace años una relación superficial? Desde entonces habrá conocido americanos a docenas. Los hay a montones en el propio París. ¿Necesitaba concretamente a un hombre del CIA? Si ha sido capaz de localizarme a mí puede haber localizado j a otros, a varios de los cuales tenía más a mano. Es un misterio…

—Be lo que dices infiero que tu amigo ruso no ha acudido a la cita.

—No, ni rastro de él en «La Florentine». Cuando me he cansado de esperar he resuelto volver al hotel, por si se producía algún contacto. ¿Contacto? Había un hombre muerto en mi cuarto, un hombre que había entrado antes por el balcón; atlético, ligeramente calvo, cara ancha y de facciones rudas, vestido con un traje de espiga gris, buenos zapatos; todo ropas de calidad, pero corrientes, de las que pueden adquirirse confeccionadas en cualquier parte. No llevaba encima documentos ni absolutamente nada, como si le hubieran vaciado a propósito los bolsillos. Tenía una herida de arma blanca, una sola, exactamente en el corazón. El orificio estaba

en su pecho.

—¿Has examinado la etiqueta de su traje?

—«American Smart». Es un gran almacén de confecciones, en la avenida de la Opera.

Podría seguírsele la pista con tiempo suficiente.

—¿Nunca habías visto a ese hombre?

—Nunca. Pero hay más: he vuelto al hotel hace un rato, y su cadáver había desaparecido. Fue probablemente sacado por el balcón, que continuaba abierto.

—¿Qué hotel es?

—El «Bretagne». Segundo piso, fachada sobre la rué Desgardes. El balcón es continuo a lo largo de toda la fachada. Las operaciones contra mi habitación fueron, sin duda organizadas desde otra de las que se abren a dicho balcón, pero me ha parecido pueril investigarlo. Si hay algo que ocultar, habrá sido ocultado convenientemente.

Reinach estaba perplejo.

—Me aturdes, Gennerich.

—Lo supongo.

—Volvamos a tu amigo ruso. ¿Cuál era el texto exacto de su carta? ¿Qué decía en ella?

Leslie recitó sin titubear:

> «Recordará usted, a pesar de los años transcurridos, los buenos ratos que pasamos juntos en Teherán y Yalta. El tiempo vuela, cambia la situación de los hombres, y llega un día en que las viejas amistades pueden servir de algo. Tengo el gusto de anunciarle que me encuentro actualmente en París. Considero de la máxima urgencia y de la mayor importancia que sostengamos una conversación, en la que expondré a usted un asunto trascendental para ambos. Le ruego venga a París. El próximo martes, día cuatro de octubre, a las ocho de la noche, estaré esperándole en el restaurante "La Florentine", rué Mont Cenis, Montmartre. Debido a lo comprometido de mi posición he de suplicarle secreto absoluto sobre nuestra cita y pedirle que destruya inmediatamente esta carta. Excuso decirle que cualquier perjuicio que este viaje le

ocasione será compensado con creces».

El anticuario había escuchado sorbiendo materialmente las palabras.

—¿Ése es el texto literal?

—Sí.

—¿Destruiste la carta?

—Por supuesto que no. Informé que salía hacia París, obtuve los últimos datos relativos a Pugaciov y remití la carta a Washington para que fuera examinada en los laboratorios.

—¿Cuáles eran los últimos datos? —preguntó Reinach rápidamente.

Lo he dicho antes: el general Pugaciov era jefe de la Oficina Estratégica del NKVD.

—¿Nada sobre su salida de Rusia?

—Nada.

—Dios de los cielos, Gennerich. —El anticuario apuró el coñac de un sorbo y fue en busca de la botella. Se había puesto nervioso de repente—. Tu impresión parece haber sido que Pugaciov, fugitivo de la URSS y desertor, te llamaba para vender informes a cambio de protección americana. Pero puede que te equivoques. La carta es lo bastante ambigua como para permitir otra interpretación, que explicaría, además, por qué ese general se ha dirigido a ti.

Leslie frunció el entrecejo.

—¿En qué estás pensando?

—En que nada indica que Pugaciov haya escapado de Rusia —dijo Reinach lentamente—. Es posible que haya salido para venir a París en misión oficial, aunque secreta. Salido legalmente. La frase que habla de su posición comprometida puede tener un sentido distinto del que tú le has dado; la que alude a que las viejas amistades sirven para algo puede no ser una petición de ayuda, sino al contrario, una oferta que Pugaciov te hace. Sería lógico, Gennerich.

—Lógico —murmuró el americano.

—¿Por qué no? El general ignora que seas un agente de la CIA. Ciertamente, ¿cómo iba a saberlo? ¿Tan lejos llegan los canales de información del NKVD? No, en absoluto. Lo único que Pugaciov sabe de ti es que fuiste expulsado del Servicio Secreto y que, exilado en

Europa, llevas desde hace años una vida equívoca y escura; es decir, sabe lo que saben todos. Pero se ha dirigido a ti precisamente por ello.

Leslie miró al judío con inquietud.

—Samuel, no me vuelvas loco.

Reinach se encogió de hombros.

—Me limito a mencionar una posibilidad. —Tomó la botella de coñac y le quitó el tapón—. Sería interesante, muy interesante que el jefe de la Oficina Estratégica del NKVD hubiera venido a París con objeto de reclutar nuevos colaboradores. Un ex T-man desprestigiado, arruinado y amargado sería a sus ojos presa tentadora. Como él mismo dice en su carta, con el correr del tiempo «cambia la situación de los hombres». Pero se refiere a tu situación, Gennerich, no a la suya. La sorpresa, después: cuando Pugaciov descubra que ha mordido un anzuelo muy bien disimulado y que su presa tentadora es nada menos que un agente de la CIA. —Reinach vertió un chorro de coñac en la copa—. Me limito a mencionar una posibilidad, naturalmente…

CAPÍTULO IV

Una posibilidad.

Leslie reflexionó mientras el anticuario saboreaba su nueva dosis de coñac, mientras sacaba una pipa del bolsillo de su guardapolvo, y la cargaba y la encendía.

Una desconcertante posibilidad.

Al cabo de los años, la maniobra que sirviera para disimular su paso a la CIA se convertía de pronto en una trampa bien cebada. Inesperadamente, un coloso caía con estruendo en ella.

¿Sí?

Hermoso. Demasiado hermoso.

La suerte no solía ser tan amable. En la dramática partida entablada para salvar el equilibrio del mundo, las bazas se ganaban con sangre, sudor y lágrimas, rechinando los dientes y una a una.

No así. No sentándose a esperar que el azar las sirviese en bandeja de plata.

—¿Más coñac? —preguntó Reinach con la botella en la mano.

Leslie movió negativamente la cabeza.

—No. Escúchame, Samuel. Estoy dispuesto a tornar en consideración tu idea: Pugaciov ha cometido un error conmigo. Pero es un hecho que no ha acudido a la cita en el restaurante, y lo es que un hombre ha muerto en mi habitación del hotel y ha sido luego retirado de allí. ¿Tienes explicación para esto?

—Sería prematuro explicarlo —replicó el anticuario gravemente —. No obstante, salta a la vista que Pugaciov no ha acudido a la cita por prudencia. Algo o alguien ha interferido un estorbo, un peligro, lo mismo para el ruso que para ti; es decir, para ti tal como Pugaciov te imagina. Supón que se introdujera en tu habitación con objeto de persuadirte de que no debes escuchar las ofertas que los rusos te hagan, o quizá con objeto de matarte si no te dejabas persuadir. Es plausible que, enterado de la interferencia, y tras

abstenerse de acudir a la cita, Pugaciov haya eliminado el obstáculo. Luego, para no comprometerte, ha retirado el cadáver de la habitación.

—¿Eso significaría que está de nuevo en condiciones de desarrollar sus planes?

—Sí.

—Samuel, es tan bonito como un cuento de hadas. Según tu vaticinio, voy a encontrarme, sin por mi parte haber movido un dedo, metido en el tinglado que el NKVD va a levantar o ha levantado; voy a darme el gusto de derribar ese tinglado desde dentro sin mayor esfuerzo que si fuera un castillo de naipes. Maravilloso. A Reinach se le había apagado la pipa.

—Una posibilidad, Gennerich. Hay otras.

—Por supuesto. Pero ni siquiera las has mencionado.

El anticuario gruñó.

Encendió la pipa nuevamente.

—Has dicho al llegar que venías a pedirme ayuda —recordó. Una nube de humo veló por un instante su arrugado y astuto rostro —. La última ayuda.

—Quiero que encuentres a Pugaciov.

Sí, esperaba que fuera eso. El leal y barato Samuel.

Reinach, que hoy sirve para un fregado y mañana para un barrido. ¿Qué pasaría si me negara?

—No lo sé. Eres libre.

—¿Tú me dices que soy libre?

Leslie miraba al hombre a los ojos.

—Un respetable caballero francés y su hija. Conforme por mí.

Reinach hizo una mueca.

—Gennerich, ojalá hubiera en el mundo más hombres como tú. Será la última ayuda.

¿Trabaja alguien más en el asunto?

—Los Cozza, si no han renunciado. Ya conoces a Martine y Pierrot Cozza.

—Ve con cuidado.

—¿Por qué?

—Son corsos, y por lo tanto, como buenos corsos, fieles unos a otros, pero traidores a los demás. Imperativo de raza. —El rostro del anticuario mostraba una expresión sombría—. Yo entiendo de

imperativos de raza.

—Si Pugaciov está en París —dijo Leslie, indiferente—, sólo media docena de personas son capaces de encontrarle antes de doce horas. Los Cozza se cuentan entre esas personas, y tú también.

—¿Puedo darte un consejo?

—Sí.

—Regresa al hotel, acuéstate y duerme tranquilo. Mañana antes de mediodía tendrás noticias mías, e imagino que de los Cozza puedes tenerlas antes aún. O de Pugaciov directamente. —Reinach se restregó con una mano la calva—. Cuento de hadas o no, yo no renuncio a considerar mi posibilidad.

Leslie apuró el resto del coñac que quedaba en la copa.

—Está bien, seguiré ese consejo —comenzó a abrocharse el impermeable—. Dicen que encontrar vivienda en Ginebra a un precio razonable es tan difícil o más que en París. La vida es muy cara en Suiza…

—Sí. —El judío se humedeció los labios con la lengua—. Algún día te enviaré una postal.

—Me gustará. Una vista del lago por ejemplo.

—Sí.

—¿Liquidarás el negocio de antigüedades antes de marcharte? ¿Lo traspasarás? Yo en tu lugar…

—Lárgate, Gennerich —dijo Reinach entre dientes.

Leslie vio su rostro pálido, sus ardientes ojos, sus manos crispadas, y se echó a reír.

¡El derecho a los sueños!

Saludó al anticuario con un ademán, abandone la sala de estar, recorrió el pasillo y atravesó la tienda. Reinach le dio alcance en la puerta, a tiempo de manipular la cadena y los cerrojos.

Pero no dijo nada. Volvió a cerrar tras él sin haber dicho palabra.

La llovizna había cesado.

Leslie anduvo hacia la rué des Ecoles, y después en dirección a la Sorbona, pensando en el respetable caballero francés y su hija.

Samuel Reinach era inteligente. Lo bastante inteligente como para no creer en cierta clase de felicidad.

¿Y ella?

Los ojos de gacela, las mallas de espuma de nylon, la juventud

exuberante, el encanto secreto.

Muy bien.

Doloroso, pero irremediable.

Ella pagaría un día u otro las culpas de que ara inocente. Siempre ocurría así, desde los tiempos bíblicos; generación tras generación, carga tras carga. Estudios en Suiza, la vida en otro mundo, sonrisas y dinero en una aséptica campana de cristal, cadenas y cerrojos en la puerta. Tonterías. Un día u otro se pagaban las culpas.

Sólo que todo hombre tenía derecho a sus sueños.

—¡Taxi! —llamó Leslie.

Todo hombre.

Se reclinó en el asiento y encendió un cigarrillo mientras el taxi tomaba el camino del hotel.

Las luces hallaban mil reflejos en el pavimento húmedo. Los coches, escasos debido a lo avanzado de la noche, circulaban con precaución.

Leslie despidió el taxi ante la puerta del «Bretagne» y entró en el modesto y decentito vestíbulo.

Dos hombres conversaban con el conserje nocturno.

—¿*Monsieur* Gennerich? Le esperan, *monsieur* Gennerich…

Uno de los hombres mostró en silencio su credencial de policía.

—¿Qué ocurre?

El cadáver en la habitación, la sangre en la alfombra.

Algo.

—Tendrá usted que acompañarnos, señor Gennerich. El comisario desea hablarle. Excúsenos por lo intempestivo de la hora.

El rostro del conserje traslucía una curiosidad malsana; su sonrisa era la del puritano indigente que se refocila en el escándalo gratuito.

Leslie se apartó unos pasos con los policías.

—Me agradaría saber el motivo de esto.

—¿Por qué no?

—Diga.

Fue como una herida interna, un dolor sordo, profundo, callado. La súbita agonía de un desgarrón salvaje en las fibras de la conciencia.

¿Algo?

—Se trata del asesinato de Martine Cozza.

Manos de pianista.

—No estoy acusándole de nada, Gennerich. —Tono paternal—. ¿Con qué derecho iba a acusarle? Apelo únicamente a su sentido de la lealtad. Ambos, cada cual a su modo, estoy seguro, admirábamos y apreciábamos a la pobre Martine. Confío en que no dudará en prestarnos su ayuda para capturar al canalla que la ha asesinado. ¿Me equivoco? Diga si me equivoco.

Manos de pianista, tono paternal, ojos soñolientos, rostro huesudo, el comisario Junot se hundía de tal modo en la butaca de su escritorio que semejaba haberse sentado sobre los riñones. Su mirada se posaba en Leslie casi paralela a la superficie de la mesa.

—No, no se equivoca.

Leslie pensaba: «Pierrot, Pierrot, Pierrot». Ella había sido la razón de la vida de Pierrot Cozza, su impulso, su aliento, su nervio, su musa. Todo. Desde que encontró a Martine en su camino, aquella escoria corsa se había elevado, recto, recto, arriba, como un cohete. Martine fue el trampolín para el salto desde el «tracción delantera» de lance al «Alfa Romeo» carrozado especial, desde la cajetilla de *gauloises* el estuche de emboquillados turcos.

El salto desde la náusea a la vida.

Si Pierrot iba a su encuentro y le mataba, ¿qué? El, en su pellejo, hubiera matado, hubiera destrozado, reventado, aniquilado. ¡Cielos, cómo no! Si Pierrot exigía cuentas, ¿qué? Ante ciertas cosas tenía uno casi que arrodillarse.

—Quizá le sorprenda saber que disponemos contra usted de un extenso fichero, Gennerich. —Tono insinuante—. No ha sido usted procesado nunca; por lo menos en Francia, pero no me atrevería a afirmar que, siguiendo el hilo de sus actividades, no llegaremos a encartarle por alguna de ellas. Naturalmente, no es esa mi intención. Quiero decir…

—¿Cómo ha sido? —interrumpió Leslie con voz sorda.

Junot pestañeó. Respiró profundamente.

—Apuñalada. Una herida punzante en el corazón.

—¿Dónde?

—La han encontrado en el interior de su coche, cuando no llevaba muerta ni media hora. Los indicios son de que la han asesinado dentro del vehículo. Éste fue dejado en una zona de

aparcamiento prohibido junto a la estación de Saint Lazare y llamó la atención del agente de ronda. Hecho adrede, claro está. Pero no hubo testigos.

—¿Cuál era el coche de *madame* Cozza?

—Un «Dauphine» azul celeste.

—¿Señales de robo?

—Todo lo contrario. Llevaba algunas joyas, y en su bolso dos mil francos nuevos. Una suma, por cierto, particularmente elevada para recorrer sola y de madrugada la ciudad.

Dos mil francos nuevos: un lastre para bajar a la tumba.

—¿Violencia? ¿El crimen de un sádico?

—No diga tonterías, Gennerich.

—No pregunto nada más.

—Le daré una respuesta que vale por todas —suspiró el comisario—. Teníamos desde hace algún tiempo a Martine y Pierrot Cozza bajo vigilancia, esperando sorprenderles en alguno de los manejos que usted, si no me equivoco, conoce íntimamente. Hoy, de improviso, tras varios meses de ausencia, ha aparecido usted en París, llegado esta tarde de Inglaterra según nuestras comprobaciones. Ha estado usted siempre en excelentes relaciones con los Cozza, y sus medios de vida, lamento decírselo con tanta crudeza, no son claros. A las pocas horas de su llegada ha sido visto entrando en el domicilio de los Cozza, en la rue Sanguin. ¿Negocios? Podía ser lo que esperábamos, y esta impresión se ha confirmado cuando Pierrot ha salido de su casa y, creyendo haber eludido la vigilancia de nuestros agentes, ha acudido a reunirse con usted en un café de la rué

D’Assas.

Ambos se han trasladado al «Hotel de Bretagne», donde se ha comprobado que residía usted, y han subido juntos a su habitación, de la que Cozza ha descendido enseguida. A partir de este momento la conducta de marido y mujer ha sido muy peculiar. Pierrot ha regresado rápidamente a su casa. Aproximadamente media hora después ha vuelto a salir, y también Martine. Han tomado cada uno su coche. Él ha logrado burlar a los agentes en el bosque de Boulogne, ella por los alrededores de la plaza de la República; los dos, evidentemente, con un propósito concreto, que a la fuerza debía relacionarse con usted. A Pierrot no hemos vuelto a verle.

Martine ha sido encontrada ya sabe usted cómo. Me han sacado de la cama al ser identificado su cadáver…

—Eso habrá sido muy molesto —dijo Leslie a media voz.

—Gennerich, no admito sarcasmos.

—Claro que no.

El comisario se enderezó en su asiento. Tenía sobre la mesa una cafetera, un azucarero y tres tazas. Tomó la cafetera por el asa y la mostró a Leslie.

—¿Quiere?

—No.

—Aclara las ideas.

—Las tengo claras desde que nací.

—Le felicito. —Junot se sirvió una taza de café, observando con atención cómo manaba el líquido—. Se dará cuenta, entonces, de que un asesinato es un crimen gravísimo, junto al cual pierden importancia los demás. Pierden importancia, Gennerich. Y es el asesinato de Martine lo único que me interesa solventar, y pronto. No sé si me entiende.

—Un niño tonto le entendería.

Junot bebió un sorbo de café entornando los párpados.

—En tal caso, ¿tiene algo que decir?

—Sí, tengo algo que decir. En primer lugar, que he venido a París en viaje de turismo, a recordar tiempos pasados y lugares conocidos, a saludar a las personas que a uno le son gratas. —El rostro del comisario comenzó a adquirir una expresión recelosa—. Me he tomado una semana de vacaciones, que buena falta me hacía, se lo juro. Los viajes y las vacaciones eran antiguamente un lujo reservado a los ricos; ahora, por culpa de la tensión a que la vida moderna nos somete, se han convertido en un recurso para que el trabajo de los pobres rinda más. Sostener el ritmo de trabajo durante…

—Deje ese cuento. —Junot había apurado la taza de un trago—. Usted no ha trabajado nunca.

Leslie enarcó las cejas.

—¿Pues qué se figura que hago en Londres?

—Puedo imaginarlo.

—Meterá la pata. Tengo un pequeño negocio de representaciones americanas: maquinaria de precisión para la

industria eléctrica. Va viento en popa, pero exige mucha atención. Para ustedes, los funcionarios, acostumbrados a tener la paga asegurada a fin de mes con sólo cumplir unos requisitos mínimos, es difícil comprender que una obra de creación personal pueda…

—Deje también aparte el cuento de los funcionarios. —En la mirada del policía se encendía una luz de cólera—. Han asesinado a Martine Cozza, Gennerich. ¿Tendré que repetírselo a cada momento?

—Haga lo que guste.

El comisario cogió de encima un bolígrafo y, pensativo, lo sostuvo un instante en el aire.

—¿Cuáles son sus señas en Londres?

—Veintidós, Crescence Place, Soho.

Junot lo anotó.

—¿Y las de su negocio?

—Tengo una oficina en la City, Eustace Street, Randall House.

—¿Empleados?

—Una secretaria. Se llama Emily Dickens. Un bombón de criatura.

El comisario tomaba notas con aire de fastidio.

—Verificaré todos esos datos a través de Scotland Yard, Gennerich, se lo advierto.

Leslie asintió.

—Ustedes, los funcionarios, tienen siempre mucho tiempo que perder en tonterías. Verifique lo que quiera. —Hizo ademán de ponerse en pie—. Dado que se niega a escuchar mis explicaciones, ¿permite que regrese al hotel y me meta en cama? Había planeado aprovechar estas vacaciones para descansar un poco.

—¿A qué explicaciones se refiere? ¿A la opinión que los funcionarios le merecemos?

Leslie completó su ademán y se puso en pie.

—Estaba diciéndole que he venido a descansar una semana en París. Pero debía un favor a los Cozza, un gran favor, y he aprovechado el viaje para, quedar en paz con ellos. Dos mil francos. —Junot enderezó bruscamente la cabeza—. Un préstamo amistoso de dos mil francos que cambió el rumbo de mi vida.

—¿Qué dice?

—Ése era sin duda el dinero que Martine llevaba en el bolso.

—¿Se lo había entregado usted?

—Exacto. Aparte el placer de volver a ver a unos buenos amigos, he ido a su casa para saldar la deuda. Ha sido prácticamente lo primero que he hecho al llegar a París. —Leslie sonreía—. Saber que puede uno pagar lo que debe, y pagarlo con dinero honradamente ganado, produce gran satisfacción.

—Gennerich, es usted un sinvergüenza.

—No falta quien opine de otro modo. Terminemos de una vez, ¿le parece? Martine y Pierrot Cozza eran amigos míos, excelentes amigos. Cuando más apurado estaba, aquí, en París, sin horizontes, sin ambiciones, ellos me tendieron la mano. Los dos mil francos que me prestaron me permitieron marcharme a Londres y aprovechar una buena oportunidad que surgía en mi camino; pero fue, sobre todo, su aliento personal, fueron sus consejos los que rehicieron mi vida. —Leslie no sonreía ahora—. Saber que la pobre Martine ha muerto, y de ese modo, me ha destrozado, créalo o no. Si es usted incapaz de comprender que reaccione distrayendo mi emoción y mi amargura, lo siento mucho; quizá, como francés, preferiría verme representar una escena dramática. Dígalo.

—Está ahora representando esa escena —replicó Junot secamente—. Una farsa de principio a fin.

Leslie se encogió de hombros.

—¿Puedo marcharme?

El comisario posaba en su rostro una mirada escrutadora.

—Una farsa —repitió a media voz—. Es evidente que no ha dicho una palabra de verdad, y si antes sospechaba que hay algo gordo detrás del asesinato de Martine y que usted se relaciona directamente con ello, ahora estoy seguro. Dice, ¿no es así?, que pagó los dos mil francos a *madame* Cozza en su visita a la casa.

—Sí.

—¿Por qué, pues, acudió Pierrot a reunirse con usted en el café de la rué

D’Assas?

—Simplemente, porque es amigo mío y quería volver a verme. No estaba en casa. Martine no sabía cuándo iba a regresar. Dije que si era antes de medianoche me encentraría en ese café, y que si no, o si le daba pereza salir, nos veríamos en cualquier otro momento; esas cosas que uno dice. Pero a Pierrot no le dio pereza.

—¿Por qué precisamente citarle en el café «Reynaud»?

—Yo no le citaba. Iba a estar un rato allí. ¿Tiene algo de particular?

—Eso es lo que me intriga; no tiene nada.

—Para mí sí. Recuerdos sentimentales.

Junot hizo una mueca.

—¿Pretende que le crea, Gennerich? ¿Lo pretende en serio?

—Pretendo tan sólo que le eche la zarpa al asesino de Martine y me deje a mí en paz. En todo caso, que me ponga en contacto con Pierrot. Y cuánto digo lo digo en serio, comisario, aunque a usted le suene a broma.

—Desde el bar de la rué D’Assas, usted se llevó a Pierrot a su hotel.

—Sí, señor, me lo llevé. ¿Le parece una conspiración siniestra? Le había traído de Londres un obsequio, una lata de tabaco para pipa, y fuimos al hotel a buscarla. Pierrot dijo que tenía prisa, que había venido al café «Reynaud» únicamente por el placer de abrazarme, así que le retuve lo menos posible.

—Suponiendo que dijera eso, ¿explicó cuál era el motivo de su prisa? Apuesto a que no.

—Acierta. No explicó nada.

Junot resopló desdeñosamente.

—No sabe cuánto lo lamento, Gennerich. Por mí y por usted. Se equivoca al afirmar que la gran oportunidad de enderezar el rumbo de su vida fue una ocasión en que los Cozza le prestaron dos mil francos; se equívoca, o miente deliberadamente. Sea como sea, la oportunidad acaba de presentársele en este momento. No sabe cuánto lamento que la haya dejado escapar.

—En lenguaje corriente, ¿eso significa que puedo o que no puedo volverme al hotel?

—Puede —gruñó el policía. Sus manos de pianista se cerraron en huesudos puños—. Pero de ahora en adelante, entérese, mis hombres vigilarán todos sus pasos.

—Será muy instructivo para ellos —replicó Leslie.

Y se marchó.

CAPÍTULO V

El sol matinal brillaba sobre la ciudad bañada por la persistente llovizna de la noche anterior.

Leslie vio el sol en el balcón por donde, sin duda, había entrado vivo y salido muerto el desconocido del traje de espiga gris; lo vio también dentro del cuarto, acariciando alegremente con sus rayos la alfombra manchada de sangre.

Tener la alfombra en aquellas condiciones era un peligro, o quién sabe si pasaba ya de peligro. Porque, mientras Junot le interrogaba en su despacho de la Prefectura, sus agentes registraron la habitación. Leslie, al regresar al hotel, había advertido enseguida las señales; discretas, pero perceptibles. ¿Y qué? Dos posibilidades: una, que los agentes, buscando evidencias de alguna forma de tráfico clandestino. —Junot parecía creer que su viaje desde Londres se debía a una operación ejecutada en complicidad con los Cozza—, probablemente contrabando de narcóticos, no hubieran reparado en la mancha, otra posibilidad, que si hubieran reparado, que hubiesen tomado muestras para su análisis, con lo cual Junot tendría en reserva una importante baza.

Sangre.

Una importante baza.

Sin embargo, ¿la sangre de quién? ¿Dónde estaba y quién era la persona de cuyas venas había manado? Leslie pensó estas cosas al despertar y ver el sol.

Un despertar brusco.

¿Por qué?

El rumor que acababa de arrancarle del sueño volvió a sonar mientras pensaba, y entonces comprendió: alguien estaba llamando a su puerta con los nudillos.

La baza en reserva. La mancha de sangre.

Apretando los dientes, Leslie saltó de la cama, fue a la puerta,

dio vuelta a la llave y descorrió el pestillo.

No era el policía.

—No se ruborice, señor Gennerich. He visto antes a otros hombres en pijama.

Era la hija de Samuel Reinach.

Leslie la contempló estupefacto.

—¿Qué ha hecho usted, criatura? —inquirió ásperamente—. Los polizontes me vigilan, tendrán, digo yo, el hotel cribado. Será un desastre para su padre que le relacionen conmigo.

Ella se adentró unos pasos en la habitación.

—Con que él, mi padre, me tome por tonta, es suficiente. —Miraba en torno con curiosidad—. No tenga miedo.

Leslie cerró la puerta.

—De modo que su padre la toma por tonta.

—¿No lo vio anoche?

—Anoche comprobé solamente que es el mejor hombre del mundo.

—Después de usted.

—¿Qué quiere decir?

—Escuché lo que hablaron. —La muchacha levantó una mano—. No, no se preocupe. Sé desde hace mucho tiempo todo cuanto mi padre se empeña en ocultarme; en cierto modo, lo he sabido siempre. —Pero él ignora que lo sabe.

—Y seguirá ignorándolo. No quiero privarle del doble placer de ser para mí un respetable caballero francés y de ver en mí a su honesta, cándida, irreprochable y refinada hija.

Leslie, descalzos los pies, retrocedió a través de la habitación para tomar un cigarrillo de la mesilla de noche. La sorpresa de hallar en la puerta a la hija de Reinach le había despertado por completo.

—No me diga que no es usted esas cosas.

—Soy lo que mi sangre me impulsa a ser. La sangre, ¿qué palabras usó usted anoche?, de un perro judío, un usurero, un exconfidente de los nazis que llevó a un centenar de hermanos de raza a las cámaras de gas. No se puede luchar contra esto.

El rostro del americano se había ensombrecido. Entre sus labios tensos estaba el cigarrillo sin encender.

—Lo siento en el alma. Se lo juro. Su padre persigue la

respetabilidad externa y la paz interior con todas las fuerzas de su ser. Es una tragedia que ni usted ni él conozcan otra manera de conseguirlas que engañándose mutuamente. Por otra parte, me agradaría saber a qué ha venido usted aquí, como no sea a agriarme la mañana.

—He venido —dijo la joven rápidamente— porque es usted el mejor hombre del mundo. Usted primero, mi padre después.

—Eso no significa nada.

—Significa que no tiene ya derecho a condenar a muerte a mi padre. Quizá lo tuvo en otro tiempo. Ahora ya no, señor Gennerich.

Leslie encendió el cigarrillo y se sentó en el borde de la cama.

—¿Condenarle a muerte?

—Eso fue lo que hizo anoche.

—¿Por qué?

—Anoche mataron a una mujer, Martine Cozza, la esposa de un contrabandista corso.

Trabajaba para usted.

—No es seguro. —Leslie miraba con curiosidad a la muchacha —. Le prometí diez mil francos si hacía el trabajo, pero su marido parecía opinar que yo no estaba jugando limpio y se negó a ayudarme. Ambos, cada uno por un lado, burlaron después la vigilancia de la policía y desaparecieron. El dato no basta para afirmar que Martine trabajara para mí cuando halló la muerte.

—Ridículo, señor Gennerich.

—Muy bien.

—A mi padre le matarán como a Martine Cozza. Sigue su mismo camino, y le matarán como a ella si no hace usted nada por evitarlo. Ahí tiene el motivo de que haya venido a verle.

El americano expelió dos chorros de humo por la nariz.

—¿Cuál es el camino que sigue su padre?

—Busca a un hombre a quien Martine Cozza debía visitar cuando la mataron.

—¿Qué hombre?

Esther Reinach titubeó.

—Se llama Ettore Lucania.

—¿Quién es?

—No lo sé.

—¿Italiano?

—No lo sé.

—¿Qué sabe usted entonces?

—Mi padre salió anoche, después de haberse marchado usted, y ha regresado de madrugada. Ha dormido tres horas. No eran más de las siete y cuarto cuando ha llamado por teléfono a Jean-Pierre Prisco, un corso, para decirle que Martine Cozza había muerto y preguntarle si en algún momento de la noche ella había acudido a él. Mi padre hacia la pregunta, se notaba, seguro de que la respuesta sería afirmativa. Lo ha sido. Prisco ha contestado que había visto a la mujer y que Martine Cozza quería encontrar a Ettore Lucania. El le dio sus señas. Parece que Lucania se oculta de la policía, o algo parecido.

—¿Cuáles eran las señas?

—Marie Marchand, rué Dolet, número doce, cerca de la plaza Wagram. Lucania tiene o tenía allí alquilada una habitación.

—¿En casa de una mujer llamada Marie Marchand?

—Sí.

—Su memoria no es mala, que digamos.

—La de nadie lo es en un asunto de vida o muerte.

—¿Fiscaliza usted los movimientos de su padre? ¿Qué demonio ocurre? ¿Se ha asignado un puesto de centinela?

—He oído a mi padre llegar a casa, a eso de las cuatro; me ha despertado el chirrido de una de las puertas, y ya no he podido volver a dormirme. Estaba inquieta, preocupada. Usted, lo que usted había dicho, lo que mi padre le había dicho a usted… Seguía despierta a las siete, cuando mi padre ha vuelto a levantarse. Escuchaba desde mi habitación. Se ha vestido, ha salido a la tienda. Le he oído tomar el teléfono. He saltado de la cama. He podido enterarme de su conversación con Prisco gracias a la derivación de la sala de estar.

—¿Conoce usted a Prisco?

—Sé quién es.

—¿Quién?

—Un expresidiario que volvería a presidio por el resto de sus días si mi padre quisiera. —La muchacha hizo una mueca—. Anhelo que esto termine, señor Gennerich, y que termine bien. Cuando se tiene sobre tantos hombres, peligrosos todos, el poder que tiene mi padre, la vida pende de un hilo, está a merced de un capricho, de

un arrebato de cólera, de una ocasión propicia…

—Su padre es listo, criatura. Sería peor el caso inverso: que otros tuvieran poder sobre él.

—Usted lo tiene.

—Y nadie más en el mundo. ¿Dónde está su padre ahora?

—No lo sé. Salió después de hablar con Prisco, antes de las siete y media, y no había regresado aún cuando yo me he marchado.

Leslie se inclinó hacia la mesilla de noche para ver la hora en el reloj de pulsera que había dejado encima de aquélla al acostarse.

Eran la diez y cuarenta y dos minutos.

Frunció el entrecejo.

—¿Está segura de que los agentes que me vigilan no se han dado cuenta de que venía usted a visitarme?

—Segura. He venido antes, he visto en el vestíbulo a un inspector, tan inconfundible como si llevara un cartón con la palabra «policía» colgado del cuello, he adivinado lo que ocurría y me he detenido antes de entrar. He llamado por teléfono al hotel fingiéndome la empleada de una joyería y he preguntado el número de su habitación con el pretexto de enviarle un paquete valioso. Luego he cogido en casa un maletín de viaje, he venido de nuevo y he tomado habitación aquí. Ocupo la dos-cero-nueve. ¿Quién va a sospechar?

El relato semejaba haber interesado, pero no complacido a Leslie.

—¿Quién le ha enseñado esas argucias?

—Son sólo cuestión de fantasía y sentido práctico.

—¿Cómo identifica, a distancia y en un lugar tan poco propicio como el vestíbulo de un hotel, a un policía de paisano?

—Instinto. Pude haberme equivocado en eso, pero pensé que adoptar precauciones sería de todos modos útil.

—Cuando una mujer… —empezó Leslie.

Calló en seco al oír una llamada a la puerta.

Una discreta llamada.

Miró hacia la hoja de madera, y enseguida nuevamente a Esther.

—¿Espera a alguien? —murmuró ella.

Estaba en el centro de la habitación, en pie, una mano apoyada en la cadera, la otra sosteniendo un pequeño bolso.

¿Una blanca azucena?

No existían ya blancas azucenas de veintidós años, salvo en el corazón y en la mente de hombres como Samuel Reinach.

¡La sombra de sus ojos de gacela, su encanto mágico, la tentadora exuberancia juvenil de su figura!

Muy bien.

Todo aquello tenía un sentido, y nada más que uno.

Vestida con un *tailleur* color castaño claro, exquisita, elegante, soberbia, Esther Reinach era absoluta y palpitantemente una mujer.

Se repitió la llamada a la puerta.

—Entre en el cuarto de baño y no haga ruido —dijo Leslie.

Ella le miró un momento intensamente, y a continuación obedeció sin una palabra.

El aplastó el cigarrillo en el cenicero de la mesilla.

Fue hacia la puerta.

La abrió bostezando.

—Buenos días, señor Gennerich.

Traje azul oscuro, fresca corbata gris y amarillo claro, camisa blanca, rizado cabello negro, rostro pálido, sonrisa estereotipada.

Leslie examinó al visitante rascándose el estómago.

—No le conozco, amigo. Lamento decirle que si vende cosméticos o algo parecido, está perdiendo el tiempo.

—Soy el gerente del hotel.

Asido con una mano a la hoja de la puerta, el americano interceptaba el paso hacia el interior de la habitación. No demostró la menor intención de apartarse.

—¿El gerente? Entiendo… Muy amable. Agradezco la intención de su visita. Me complace decirle que no tengo ninguna queja que formular sobre el servicio. Ahora, si me permite…

—No se trata de que formule usted, quejas, señor Gennerich —dijo el hombre con dulzura—. ¿Puedo pasar?

—Iba a vestirme.

—Es un minuto.

—Si la cuestión es sólo de un minuto, podemos resolverla aquí.

—Como guste. —El gerente cerró los ojos y comenzó a hablar como si recitara una lección—: Circunstancias que estimo ajenas a su voluntad, señor Gennerich, han convertido su estancia en nuestro hotel en un serio problema. Anoche irrumpió en el establecimiento la policía, registró esta habitación y organizó un servicio de

vigilancia que no parece tener intención de retirar. Hago constar, le ruego que lo tenga en cuenta, que el hotel no siente hacia usted personalmente el menor prejuicio, sino todo lo contrario; por lo que a nosotros respecta es usted digno del mayor respeto y la máxima consideración, y nos honra albergarle bajo nuestro techo. —Una lejana nota en el apacible tono del hombre hacía que honra, consideración y respeto sonaran a falso—. Pero ocurre, señor Gennerich, que la clientela del «Bretagne» se compone de personas sumamente escrupulosas, excesivamente impresionables, a quienes la ostensible presencia de la policía ocasiona malestar. Se han producido numerosas quejas en este sentido, debido a las cuales la dirección del hotel, lamentándolo mucho, se ve precisada a pedirle a usted que se traslade. A título de compensación por la molestia nos permitirá usted que tomemos a nuestro cargo el transporte de su equipaje, así como que le consideremos a usted nuestro invitado por el breve tiempo que desgraciadamente, ha durado su estancia. Su cuenta está saldada, señor Gennerich. Acéptelo, se lo ruego, con nuestras más sinceras excusas.

Leslie había escuchado con expresión aburrida.

—¿Eso es todo?

—Todo, señor Gennerich. Confiamos en que a mediodía habrá abandonado el hotel.

—Perfectamente.

Un manotazo cerró la puerta en las narices del gerente.

Leslie reflexionó un momento. Luego regresó a la cama y tomó el teléfono de la mesilla.

Observó que la puerta del cuarto de baño se abría unos centímetros mientras él marcaba el número.

—Prefectura de Policía —anunció una voz al establecerse la comunicación.

—Con el comisario Junot. Mi nombre es Leslie Gennerich.

Una pausa.

La puerta del cuarto de baño no terminó de abrirse.

—¿Gennerich? —inquirió la voz paternal y fatigada.

—Yo mismo. ¿Tiene noticias de Pierrot Cozza?

—No me dirá que llama por eso.

—Naturalmente que sí. Pierrot es un buen amigo, y estoy inquieto por él. ¿Tiene o no tiene noticias?

—No.
—Comisario, no me alarme. ¿Martine asesinada y Pierrot desaparecido? ¿No ha sido encontrado ni siquiera su coche?
—Espero todavía a que nos indique usted su paradero.
—Siga esperando milagros de esa especie y no encontrará sino su cadáver —replicó Leslie con aspereza—. Atiéndame. Su brillante idea de hacerme vigilar convirtiendo el «Bretagne» en una sucursal de la sala de guardia de Prefectura acaba de dar el primer fruto: el gerente del hotel me ha anunciado que debo salir de aquí antes de mediodía. Le felicito.
Sonó en el teléfono una risa susurrante.
—¿Huésped indeseable? ¡Qué triste es eso, Gennerich!
—Me limito a expresar mi protesta contra las molestias que inútilmente se me causan.
—Y yo las recojo. ¿Nada más?
—Desear que le lleve a usted el diablo.
—¿A qué hotel piensa trasladarse?
—No pienso trasladarme —dijo Leslie—. Toque usted orden de retirada para sus sabuesos, y en paz.
Cortó la comunicación sin esperar la respuesta del policía.
¿Pierrot Cozza desaparecido?
¿Muerto acaso?
La puerta del cuarto de baño continuaba abierta unos centímetros.
—Salga de ahí. No queda ya nada que escuchar.
Esther Reinach entró en la habitación. Un efluvio extraño, un áurea estimulante semejó entrar con ella.
—No escuchaba —declaró—. Simplemente oía.
Leslie estaba sentado en la cama, con las piernas cruzadas a la manera india.
Contempló pensativo a la muchacha.
—Quiero que me prometa una cosa.
—Depende de lo que sea.
—Prométame que se marchará a casa ahora mismo y esperará allí el regreso de su padre, sin moverse, sin volver a salir, sin ver a nadie ni hablar con nadie, y sobre todo sin hacer caso de lo que, a pesar de todo, cualquiera pueda decirle.
Ella sostenía su mirada.

—¿Por qué quiere que le prometa eso?

—Porque creo, a despecho de cuánto me ha insinuado, que es su padre y no usted quien tiene razón al considerarla una criatura refinada, cándida, irreprochable y honesta. En el fondo, todo eso es lo que él mismo es. Ya ve lo que le digo. Con su pasado, eso es lo que él es en el fondo.

—Y usted también. Si no lo fuera, no diría lo que está diciendo. Tiene miedo de que me meta en algún lío, ¿no es verdad?

—De que la metan en una tumba. Venir a contarme que su padre sigue los pasos de Martine Cozza ha sido una buena idea. Seguir usted misma esos pasos sería un error, y adivino que es precisamente lo que se propone. Déjeme hacer a mí.

La muchacha asintió.

—Está bien.

—¿Esperará en casa?

—Lo que usted mande. Pero no soy una niña, señor Gennerich.

Él sonrió sin alegría.

—No, una niña no lo es. Es una mujer, de acuerdo. Sólo que los otros hombres que dice haber visto en pijama antes de verme a mí se limitan a su pobre padre y a los que aparecen en las películas. Márchese ahora.

—¿No está demasiado seguro de sí mismo?

Leslie comenzó a desabrocharse la chaqueta del pijama.

—Si pudiera ver dentro de mí se asombraría de lo poco seguro que estoy. Márchese. La llamaré a su casa más tarde.

—Hágalo —suplicó la joven.

Y abandonó la habitación antes de que él se hubiese quitado la chaqueta. Ella y su turbador encanto femenino.

Ella.

Leslie se dijo que debía pensar en asuntos más graves.

Fue una de esas cosas que uno se dice a veces.

CAPÍTULO VI

Cerca de la Place Wagram, en efecto. Al norte del bulevar Malesherbes, en un distrito muy poco agradable.

Leslie había utilizado el Metro.

Era fácil para quien conocía los trucos.

Desde la estación inmediata al hotel, con dos transbordos, uno de ellos superfluo, se había trasladado a la estación de Concorde, donde coincidían tres líneas. Terreno familiar, y no importaba que al inspector que había salido del hotel siguiéndole los pasos le fuera tan familiar como a él.

No, no importaba.

En Concorde burló sin dificultad la vigilancia. Se aseguró de haber conseguido éxito al efectuar un nuevo transbordo en Saint Laurent, y ciertamente, al policía no se le veía por ninguna parte. Luego continuó hasta Malesherbes, donde dejó el Metro para salir a la superficie y recorrer el resto del camino a pie.

Rué Dolet, número doce.

Una calle secundaria, sin horizontes, adormilada en su tranquila y humilde vulgaridad.

En el número ocho había un almacén de materiales de construcción, en el diez una vieja casa de vecindad; en el doce una casita de dos plantas, con ventanas enrejadas y tejado de baldosines negros.

La humedad había manchado la fachada, oxidado y comido las rejas, y descolorido las persianas plegables, muchas de las cuales estaban rotas.

Leslie oprimió el botón del timbre.

La casita tenía dos ventanas en el piso superior y una en la planta baja, más la puerta, a la izquierda, para llegar a la cual había que subir desde la acera tres sucios peldaños de ladrillo rojo.

Se oyó sonar el timbre.

Nada.

¿Para qué volver a llamar?

En el antiguo y rugoso barniz del marco de la puerta, exactamente a nivel de la cerradura, se veía un reciente arañazo. Leslie empujó la puerta con el dedo.

Cedió. Estaba abierta.

No había tenido noción exacta de lo que esperaba encontrar en la casita, pero ahora sabía ya más o menos lo que iba a ser. Aquel lugar, número doce de la rué Dolet, había sido el vértice de un torbellino que, al parecer, arrastró en sus giros a Martine Cozza y a Samuel Reinach. ¿Realmente? Un lugar donde una mujer llamada Marie Marchand ocultaba a Ettore Lucania, alguien a quien posiblemente buscaba la policía; un lugar cuyas señas facilitaba Jean-Pierre Prisco, un corso que no estaba en presidio porque Reinach no lo quería así.

¿Realmente?

La vetusta y sencilla cerradura había sido forzada. Mientras abría la puerta y trasponía el umbral se preguntó Leslie cuál de los visitantes que le precedieron en las últimas horas habría ejecutado el trabajo.

Todo estaba en silencio.

Escasos muebles.

¿Para qué prestar atención al mal gusto, al abandono, a la suciedad, a la pobreza?

Marie Marchand.

Leslie había imaginado vagamente a una mujer anciana, madura por lo menos; la estampa de la mujer sola y derrotada que incrementa sus cortos ingresos tomando uno o dos huéspedes.

No.

En vida había sido joven, de formas rotundas, alta, bien plantada; el tipo que arranca silbidos admirativos a mecánicos, taxistas y albañiles. El ligero y descolorido kimono que vestía su cadáver no dejaba sobre ello lugar a dudas.

La habían matado en la cocina. Yacía en el suelo, boca arriba, delante de los fogones, muy visible en su pecho semidesnudo la herida de arma blanca que le había perforado el corazón.

La misma herida que causó la muerte a Martine Cozza y al desconocido del hotel.

La misma mano.

Leslie miró en torno.

La puerta posterior de la cocina, abierta, conducía a un pequeño patio-jardín invadido por la maleza. La cocina misma se hallaba en el más completo abandono, como toda la casa, quizá como toda la vida de Marie Marchand.

¿El motivo?

Había encima de los fogones cerca de treinta botellas vacías. Treinta botellas de ajenjo, sucias, polvorientas, pegajosas.

Aquellas botellas habían contenido la otra vida, la otra belleza, la otra realidad, el otro mundo de la mujer.

Leslie se arrodilló junto a ésta y examinó sus ojos.

Alcohólica. Alcohólica perdida.

Los silbidos admirativos de taxistas y albañiles debieron resbalar sobre su epidermis. Joven, hermosa, bien plantada, no era, sin embargo, aquella clase de música la que atraía a Marie Marchand.

Pero ahora estaba muerta, y al diablo todo.

Haciendo una mueca, el americano se puso de nuevo en pie, sacudió el polvo de sus pantalones y abandonó la cocina.

Desde el pasillo lateral de la planta baja, una escalera conducía al piso superior.

Arriba.

Parecía como si allí se hubieran respetado en mayor grado el aseo y el orden. Concesión al negocio: el piso sería el dominio del huésped y huéspedes, puesto que el dormitorio de la mujer, con el lecho revuelto y las ropas de vestir esparcidas al buen tuntún, se encontraba en la planta baja.

El huésped. De las tres habitaciones del piso no había sido habilitada más que una. Leslie contempló desde la puerta el asombroso caos.

¿Orden y aseo?

La cama aparecía desmantelada, reventados y vaciados la almohada y el colchón. Maletas abiertas, armarios saqueados, papeles, ropas, un sillón con la tapicería desgarrada, dos cuadros arrancados del marco…

La habitación había sido objeto de un salvaje registro.

Papeles.

Leslie avanzó unos pasos, se agachó y recogió del suelo un

manojo de hojas de papel pautado cubierta de notas musicales manuscritas. Enarcó las cejas, sorprendido por el hallazgo.

Cuartillas con versos.

Rectificaciones, correcciones, tachaduras.

Versos italianos.

Fragmentos de los versos bajo las notas escritas en el pentagrama.

¡Canciones!

Tiró del colchón destrozado y descubrió debajo una guitarra. Quizá como un símbolo, la guitarra tenía la caja aplastada y el astil roto. Nunca volvería a sonar Leslie continuó buscando.

Mementos después se enderezaba sosteniendo entre los dedos una carta de trabajo francesa, librada en París dos años antes y no renovada. Estaba extendida a nombre de Ettore Lucania, natural de Nápoles, Italia, de profesión tipógrafo.

¿Tipógrafo profesional? ¿Músico aficionado? ¿Qué más?

¿Quién sabía qué más?

Leslie se hizo a sí mismo la pregunta.

Porque la foto de Ettore Lucania fijada en la carta de trabajo no era sino un retrato del hombre vestido con traje de espiga gris cuyo cadáver apareció y desapareció la noche anterior en su habitación del hotel.

¿Quién podía saberlo?

Leslie bebió un sorbo de ajenjo en memoria de Martine Cozza y Marie Marchand, y luego se apartó del mostrador para dirigirse hacia la cabina telefónica. Un público gris y populachero ingería vasos de vino y aperitivos anisados en el *bistro* de la rué Joufroy.

Un olor peculiar impregnaba el aire.

El número.

—Diga.

—Leslie Gennerich al aparato.

Una doble nota de desencanto y ansiedad en la voz femenina:

—Usted.

—¿Tiene noticias de su padre?

—Ninguna. Y puesto que lo pregunta, usted tampoco.

—No se impaciente.

—¡Dice que no me impaciente!

—Cállese. He hecho una visita a esa casa de la rué Dolet. Es probable que su padre me haya precedido a primera hora de la mañana, pero no está allí en este momento. No hay nadie.

—¿Por qué no ha esperado?

—¿Esperar qué?

—Esperado a que hubiera alguien. La mujer que…

—Escuche, criatura. —A través del vidrio de la puerta de la cabina contemplaba Leslie distraídamente a la gente apiñada ante el mostrador—. La mujer, Marie Marchand ha sido asesinada. No me obligue a entrar en detalles ahora. —El hilo transmitió una ahogada exclamación de la muchacha—. Ettore Lucania, su huésped, ha muerto también. Usted sabe que anoche hablé a su padre de un hombre cuyo cadáver encontré en mi habitación del hotel, de donde más tarde desapareció. Ese hombre era Ettore Lucania.

El teléfono permaneció un momento silencioso.

—Tengo miedo, señor Gennerich.

—No sabe cuánto me alegro: el miedo la inducirá a cumplir su promesa de no moverse de casa. Dijo antes, ¿no es así?, que conoce a Jean-Pierre Prisco. ¿Qué hay de eso?

—Dije que sé quién es.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—¿Qué quiere de él?

—¿No se da cuenta? Prisco conocía a Ettore Lucania; le conocía tan bien, que Martine Cozza, primero, y el padre de usted más tarde, recurrieron a él para averiguar su actual paradero. Ettore Lucania, por una razón que ignoro, pero que otras personas parecen saber, es la clave de este asunto. Lucania acudió anoche a mi habitación y fue asesinado. Yo no mencioné su nombre ante Martine Cozza, no podía mencionarlo si no lo había oído jamás, y sin embargo, ella salió en busca de Ettore Lucania, precisamente de Lucania, lo cual significa que tenía motivos para relacionarle conmigo y con el asunto que me ha traído a París. Su padre, por otra parte, según dice usted, daba la impresión de saber de antemano, cuando esta mañana llamó por teléfono a Prisco, que éste había recibido la visita de *madame* Cozza; sabía que ella había muerto, y quizá sabía o sospechaba que anduvo en busca de Lucania, por lo cual llamó a Prisco con objeto de que el corso le facilitara las señas que anteriormente le pidió Martine. Si las cosas

son así, y tienen que ser así, debo seguir la pista de Ettore Lucania, que es probablemente lo que su padre está haciendo ahora. En caso de que le amenace algún peligro, el único modo de evitarlo consiste en darle alcance antes de que sea demasiado tarde. Y Prisco, ¿lo entiende bien?, Jean. —Pierre Prisco es la única persona que puede informarme ampliamente acerca de Lucania.

—¡Sí, sí, lo entiendo bien! —exclamó la joven en tono de impaciencia—. ¡Pero no tengo la menor idea de dónde puede usted encontrar a Prisco! ¡Sé quién es, pero no dónde vive ni lo qué hace!

—Averiguarlo no ha de serle difícil a una chica lista como usted. —Leslie consultó su reloj—. Le concedo quince minutos para que haga una investigación por teléfono. Dentro de quince minutos volveré a llamarla.

—Lo intentaré —dijo Esther sin convicción.

Quince minutos.

Otro ajenjo.

Un individuo de cara ancha le contaba a su vecino la última avería de su «dos caballos».

Asunto de carburador.

Leslie fue de nuevo al teléfono.

—¿Qué?

—Prisco regenta un gimnasio en la rué Bobillot —dijo la muchacha—. Yo ya sabía que los negocios de boxeo son una de sus especialidades. Rué Bobillot, número cien.

—¿Le encontraré allí?

—Supongo.

—¿Eso está cerca de la plaza de Italia?

—La calle empieza en la plaza de Italia. Por favor, señor Gennerich. Por favor.

—Diga.

—Piense en mi padre. No ha vuelto, no sé nada de él. No ha venido ni para abrir su tienda, y estoy segura de que si salió esta mañana tan temprano fue con el propósito de que luego le quedara tiempo para atenderla. No puedo resistir más la incertidumbre… —Falta de noticias es a veces lo mismo que buenas noticias— dijo Leslie con involuntaria aspereza. —Tranquilícese. Más tarde volveré a llamar.

Colgó el teléfono.

Salió de la cabina y fue al mostrador para pagar los ajenjos que había bebido.

El vecino le decía al individuo de cara ancha que debía cambiar el coche. El otro protestaba:

—¿Y el dinero qué?

Leslie los miró a los dos antes de marcharse.

Hombres.

Enigmas.

Daba no sé qué pensar en lo lejos que estaban de allí Teherán y Yalta, Moscú, Washington, Valerian Pugaciov, la CIA y el NKVD.

¿Cómo era posible?

Pugaciov había resurgido del pasado con una carta remitida a sus señas de Londres. Perfecto. Una alta jerarquía del contraespionaje del Kremlin: estrategia mundial, agentes secretos, transacciones clandestinas, forcejeo en las sombras.

La estampa clásica.

Y no.

Ettore Lucania, muerto en su habitación del hotel, era un tipógrafo italiano emigrado que componía canciones. Martine Cozza era la esposa de un caíd de los bajos fondos corsos, tratante de blancas y contrabandista. Marie Marchand era una oscura alcohólica inofensiva que arrastraba su miseria entre las paredes de una casita de barrio.

¿Agentes secretos y estrategia internacional?

¿Dónde estaban los agentes?

¿Cómo encajaba en aquello, en aquel sucio rompecabezas arrabalero, el poderoso, remoto y elegante general Pugaciov?

Dos universos distintos.

—El dinero te lo ahorras de reparaciones —dijo el vecino al individuo de cara ancha—. Tú echa números y verás. Vale la pena.

Hombres.

Enigmas.

Leslie recogió el cambio del billete que había entregado y se marchó a la calle.

CAPÍTULO VII

El aire era espeso. Olía a linimento, a polvo y a sudor.

Uno se acostumbraba sin duda, después de respirarlo un rato, pero la primera impresión era de asfixia.

El local, una nave de piso de cemento, con claraboyas en la techumbre, hubiera podido ser un garaje o almacén. Había aparatos de gimnasia a un lado, poleas en las paredes y dos esteras de judo, pero la mayor parte del espacio la ocupaban tres *rings* de boxeo. En uno de los tres hacían puños dos muchachos de apariencia física poco prometedora. Otros muchachos practicaban en las poleas. Un hombre maduro aporreaba un saco.

Un sujeto de cara averiada y orejas de coliflor, vestido con camiseta y pantalones de entrenamiento, leía el periódico sentado en una silla de lona cerca de la puerta.

—Necesito ver a Prisco —le dijo Leslie.

El hombre le miró un momento y volvió a ocuparse del periódico.

—Salió a almorzar —gruñó.

—¿Cerca de aquí?

—Cualquiera sabe.

—¿Volverá pronto?

—Depende.

Leslie sacó lenta y ostensiblemente su billetero, y de éste un par de billetes. No hizo ademán de ofrecerlo al hombre, pero los retuvo entre los dedos en tanto devolvía el billetero al bolsillo.

—Prisco se va a disgustar al enterarse de que he estado aquí y no he hablado con él. Se va a disgustar mucho. No tiene ocasión de hablar conmigo todos los días.

El hombre lanzó una mirada a los billetes.

—¿Usted quién es?

—Leslie Gennerich, de Londres. Si no es usted tonto

comprenderá lo que mi llegada significa.

La frase hizo reflexionar al sujeto.

—Está ahí, más arriba, en el restaurante. —Tono conciliador y una nueva mirada a los billetes—. Dese prisa, porque no es seguro que vuelva después del almuerzo. Leslie dobló los billetes y se los guardó.

—Gracias.

—¡Oiga! —exclamó el hombre.

—¿Decía algo?

—Un tipo listo. —Las orejas de coliflor comenzaron a enrojecer, pero su propietario no se decidió a levantarse de la silla de lona—. Un cochino tipo listo, ¿eh? Cuide que…

—Buenas tardes —saludó Leslie.

Volvió tranquilamente la espalda al sujeto y abandonó el gimnasio.

El restaurante estaba en la siguiente esquina, según se iba hacia la plaza de Italia, y no había otro por los alrededores. Era un local con plantas, con rótulos escritos a tiza de colores en el escaparate, con manteles de cuadros blancos y rojos en las mesas.

Modesto.

—Jean-Pierre Prisco —dijo Leslie al hombre obeso sentado detrás de la caja registradora—. Me envían del gimnasio. No le conozco.

El hombre tomó la nota que le entregaba un camarero y la ensartó en un garfio de metal colocado junto a la caja.

—El del bigote. Allí, a la izquierda.

—¿El que está solo?

—Sí.

Prisco hacía funcionar un mondadientes. Había terminado de comer y tenía ante sí un plato de postre con la piel y el corazón de una manzana.

—Me llamo Leslie Gennerich. —El corso alzó la mirada de sus negros ojos e interrumpió el trabajo del mondadientes—. Soy americano y el mejor amigo que tiene en el mundo Samuel Reinach.

Los ojos se endurecieron.

—¿Reinach? ¿Conozco yo a algún Reinach?

—El motivo que me trae es muy grave, Prisco. Demasiado grave para perder el tiempo en circunloquios.

—Ha dicho Samuel Reinach…

El corso trataba de ganar tiempo para reflexionar. Estaba sentado y no se le podía juzgar con precisión, pero parecía hombre de corta estatura, macizo, sólido como un tocón, vigoroso, aunque no atlético. Se notaba que su relación con el boxeo y la gimnasia era, como Esther Reinach había dicho, asunto de negocios solamente. Vestía un feo traje listado. Tenía la tez oscura, los rasgos acusados, la nariz grande y la boca cruel. Ostentaba en la mano izquierda un anillo con un llamativo ópalo.

El presidio. —Esther dijo que era un expresidiario— había dejado huella en él: su hermetismo, su recelo, su automática reacción de desconfianza y hostilidad. Llevaría para siempre aquella marca.

Leslie apartó una silla y se sentó.

—Le hablaré claro. —Procuraba mantener fijos los ojos en las inexpresivas pupilas negras del hombre—. Esta mañana, cuando Reinach le ha llamado por teléfono a eso de las siete, lo ha hecho siguiendo indicaciones mías. Estaba tratando de ayudarme. ¿Por qué? Porque a Martine Cozza la mataron anoche, y ella y Pierrot, su marido, eran buenos amigos míos, y ambos trabajaban para mí.

—Sé quién es usted —dijo Prisco, ceñudo.

—¿Quién soy?

—Uno que andaba por ahí hasta hace poco. En América le echaron de la policía. Ha estado metido en algún negocio con Pierrot Cozza.

—Es cierto.

—He oído mencionar su nombre. Pero, entérese, yo no tengo con los Cozza y sus negocios nada que ver, ni quiero tenerlo, ni los Cozza me interesan, y menos después de la muerte de Martine. Marca usted un número equivocado.

—Creo que no.

—Déjelo correr, Gennerich.

—Hay cinco mil francos nuevos a ganar.

—Y el peligro de perder el pellejo. Déjelo, le digo.

Leslie sacudió la cabeza.

—Cinco mil francos a cambio solamente de unos informes. No necesita usted mover un dedo, no ha de ir a ninguna parte ni hacer nada, únicamente hablar. Conmigo, aquí y ahora.

—No.

—Los Cozza no figuran en esto más que de manera indirecta. Se trata de Ettore Lucania.

Prisco declaró con rostro impasible:

—Lo sabía desde el principio.

—¿Amigo suyo?

—Suponga que lo es.

Leslie dijo a media voz.

—Lo siento. Ettore Lucania ha muerto asesinado.

Vio al corso contener el aliento.

—Usted…

—No le engaño.

Prisco se metió el mondadientes en la boca y cerró con furia las mandíbulas. Sus ojos relampagueaban.

—Sí, será mejor que no me engañe, Gennerich. No admito bromas de esa especie.

¿Cuándo y dónde ha muerto Lucania?

—Murió anoche en una habitación del «Hotel de Bretagne». Esa habitación era la mía.

—¿Quién lo hizo?

—No lo sé. Le encontré allí con una puñalada en el corazón.

—¿Dónde está su cuerpo?

—No lo sé.

—¿Qué significa eso, Gennerich?

—No tengo la menor idea —dijo lentamente el americano—. Un hombre a quien no he visto desde hace —muchos años me escribió a Londres, donde resido, diciendo que necesitaba hablarme de algo muy importante y regándome que viniera a París. Me daba cita anoche, a la hora de la cena, en «La Florentine», un restaurante de Montmartre. Vine a París, fui al restaurante, y el hombre no acudió a la cita. Preocupado, regresé al hotel. Encontré abierto el balcón de mi cuarto, que yo había dejado cerrado. Había en la habitación un hombre muerto, tendido sobre la alfombra, con una puñalada en el corazón; un hombre completamente desconocido para mí, sin documentos, sin nada que permitiera identificarle. Jamás le había visto anteriormente. Era un poco calvo, fuerte de cuerpo, bien calzado y bien vestido. El único dato que pude averiguar acerca de él fue que su traje de espiga gris había sido adquirido en unos

almacenes de la avenida de la Opera.

Prisco preguntó rápidamente:

—¿Cómo sabe entonces que era Ettore Lucania?

—Luego se lo diré. En aquel momento pensé que lo más urgente era desembarazarme del cadáver, y para ello fui a pedir ayuda a los Cozza. Hablé con Martine. Le ofrecí mil francos por el trabajo, más otros nueve mil si averiguaba el paradero del hombre que me había hecho venir de Inglaterra.

—¿Usted estaba dispuesto a pagar todo ese dinero?

—Le entregué en el acto dos mil a cuenta, y estaba dispuesto a pagarlo todo —asintió Leslie—. Martine aceptó. Me indicó que aguardase en un bar de la rué
D’Assas:
ella enviaría a un hombre para que estudiase conmigo la manera de sacar el cadáver del hotel. Quien acudió al bar, sin embargo, fue el propio Pierrot. Fuimos al hotel, subimos juntos a la habitación, y descubrimos con sorpresa que el muerto había desaparecido. La alfombra manchada de sangre continuaba allí, pero el cuerpo no estaba ya.

El corso escuchaba con la boca entreabierta y el mondadientes prendido en la comisura de los labios, asomando por debajo del bigote.

—¿Me cuenta la verdad, Gennerich?

—La pura verdad. En vista de lo que había ocurrido, Pierrot volvió a marcharse inmediatamente. Yo resolví exponerle el caso a mí amigo Samuel Reinach y encomendarle también la búsqueda del hombre que faltó a la cita en «La Florentine», porque era este hombre quien, a mi modo de ver, constituía la clave del misterio. Sé parte de lo que Reinach hizo a partir de entonces, pero desde que sal de su casa no he vuelto a verle. Su última señal de vida, a las siete y cuarto de la mañana, fue llamarle por teléfono a usted.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que Reinach ha desaparecido. Su tienda de antigüedades está cerrada. Ignoro dónde encontrarle.

Prisco tenía los puños cerrados apoyados encima de la mesa, uno a cada lado del plato de postre.

—No entiendo una palabra.

—Samuel Reinach, buscando al hombre que me escribió a

Londres, siguió una pista que resultó ser la misma que había seguido Martine Cozza, se enteró de que Martine había muerto, y a las cuatro de la mañana regresó a casa, donde durmió unas horas. A las siete y pico le llamó a usted para asegurarse de que Martine le había visitado, y usted le dijo que sí, y que ella iba en busca de un hombre llamado Ettore Lucania y que éste vivía en casa de Marie Marchand, Rué Dolet número doce. Es de suponer que Reinach fue a la Rué Dolet, pero, si encontró lo mismo que yo he encontrado, su pista debió de terminar allí. —¿Usted ha estado en esa casa?

—Sí.

El corso restregaba sus puños contra el mantel.

—¿Y qué?

—Marie Marchand estaba muerta.

—¿Marie muerta?

—Tendida en su cocina, con una puñalada en el corazón. La habitación de su huésped había sido objeto de un registro vandálico. Vi en ella una guitarra rota, los manuscritos de unas canciones italianas, y, finalmente, una carta de trabajo ya caducada extendida a nombre de Ettore Lucania, de profesión tipógrafo, oriundo de Nápoles. La foto del tipógrafo Lucania era un retrato del hombre asesinado en mi habitación del hotel; por ello sé que también él ha muerto. Y en la casa no había el menor rostro de Samuel Reinach.

Súbitamente, Prisco se cubrió el rostro con las manos.

—No puede ser —articuló.

Leslie vio temblar el ópalo en su dedo. Le vio estrujarse nerviosamente la cara, oprimirse las sienes, restregarse los ojos.

—Ha de existir una razón para todo eso —dijo—. Yo no conocía a Lucania, no le había oído mencionar jamás. Sin embargo, él averiguó que me hospedaba en el «Bretagne», quizá a costa de seguidme desde el aeropuerto; se introdujo en mi habitación durante mi ausencia, y el motivo que le llevó a hacer eso debió de ser tan importante para cierta persona que determinó que fuera asesinado allí mismo, antes de que pudiera hablarme. ¿Qué quería Lucania de mí? ¿Por qué vino a mi encuentro de esa manera y por qué murió? No lo sé, no consigo explicármelo, Prisco. Y, sin embargo, otros lo han averiguado muy pronto. A pesar de que nunca hubo la menor relación entre Lucania y yo, Martine le

buscaba cuando encontró la muerte, y lo mismo ha hecho o está haciendo Reinach. ¿Dónde han descubierto ellos la relación? ¿En qué consiste? ¿Cómo es posible que yo, el propio interesado, la ignore?

El corso respiraba aceleradamente.

—¿Me lo pregunta a mí?

—Se lo pregunto a usted. Esto y muchas otras cosas. Usted conocía a Ettore Lucania, y le conocía tan bien que a usted se dirigían quienes deseaban averiguar su paradero.

Las facciones de Prisco estaban tensas.

—¿Quién es usted, Gennerich?

—Ya lo sabe.

—No, creo que no lo sé. Creo que estoy empezando a descubrir que no lo sé. ¿Quién es usted?

—Un exagente de la Tesorería de los Estados Unidos, expulsado por corrupción. —Leslie le miraba al fondo de los ojos—. Actualmente tengo en Londres un pequeño negocio de representaciones americanas.

—Como guste. —Prisco hizo una mueca desdeñosa—. ¿Quién es el hombre que le ha citado en París?

Leslie titubeó un instante.

—Un ruso.

—¿Quién?

—No le diré su nombre. Un ruso con quien trabé amistad durante la guerra y de quien nada más había vuelto a saber. Me escribió, simplemente, que está en París y quiere hablarme.

Los párpados del corso se entornaron.

—Dudo que esté en París.

—¿Cómo?

Prisco dejó caer una a una las palabras:

—Si su amigo ruso se llama Valerian Pugaciov, lo más probable es que se encuentre ya otra vez camino de Rusia.

CAPÍTULO VIII

Un rastro de sombras.

Un rastro de sombras impalpables, y he aquí que de pronto una de ellas adquiría consistencia, se materializaba, tenía nombre, cuerpo cara y ojos.

Leslie, a través de la mesa cubierta por el mantel a cuadros, contempló al corso con incredulidad.

—¿Qué sabe usted de Pugaciov?

—Lo que yo pueda saber vale cinco mil francos… —dijo Prisco —. Es usted mismo quien ha fijado el precio.

—Conforme.

—Vengan.

Leslie sacó su billetero.

—Mil a cuenta.

—Ni hablar. Dice que le pagó dos mil a cuenta a Martine Cozza. No quiero que conmigo se ahorre ni un cochino franco.

—Mil a cuenta, y el resto aquí mismo, cuando nos separemos — insistió fríamente el americano. Permitió a Prisco echar una ojeada al contenido del billetero—. El dinero está, no se preocupe.

Los mil francos quedaron sobre el mantel.

—Me gustaría saber de quién cobro en realidad, Gennerich. No de usted. Un tipo como usted no suelta los billetes por un amigo ruso ni por cincuenta amigos rusos. Tengo una idea, y juraría que acierto.

—Eso es asunto aparte.

El corso recogió el dinero con la sombría mirada perdida en el vacío.

—Quizá. Pero, créame, si imaginara que es usted directamente quien paga no tendría vergüenza para cobrarle. Lo haría por Ettore, por si existe alguna posibilidad de que hablando de esto le arranque alguien las tripas a su asesino. Me gustaría, palabra. —También eso

es asunto aparte. ¿Por qué ha dicho que Pugaciov está otra vez camino de Rusia?

Hubo un breve silencio.

—Porque ayer fue secuestrado.

La mente de Leslie se concentró en la frase.

Secuestrado.

Reinach había dicho: «Es posible que Pugaciov haya salido legalmente de Rusia, para venir a París en misión oficial, aunque secreta».

Secuestrado.

—¿Eso significa que no regresa a Rusia por propia voluntad?

—Naturalmente que no.

—¿Le secuestraron los agentes soviéticos?

—¿Quién, si no?

—No lo sé. Ignoro por completo lo que Pugaciov estaba haciendo aquí. No había en su carta la menor explicación.

Prisco se encogió de hombros.

—Ayer, cuando anochecía, un automóvil se detuvo a un lado en una calle de Neuilly; tres hombres se apearon y le metieron por la fuerza en el vehículo. Cuestión de cinco segundos. Fue una tragedia para Ettore Lucania.

—¿Por qué para él?

—Porque estaba encargado de custodiarle.

—¿Usted ha conocido a Pugaciov?

—Sólo a través de las pocas referencias que me dio Ettore. Le dije desde el principio que cometía un error interviniendo en esto, pero estaba desesperado y no quería atender a razones. Ahora, fíjese, ha muerto. ¿De qué le han servido las promesas?

Leslie observó ásperamente:

—Todo cuanto ha dicho usted hasta este momento carece de sentido para mí. La primera contradicción está en las relaciones entre Pugaciov y Lucania, dos hombres que vivían en mundos diferentes. ¿Quién era Ettore Lucania? Un pobre inmigrante italiano, un obrero tipógrafo, un oscuro compositor de canciones. ¿Sabe usted quién era Valerian Pugaciov?

—Un pez gordo en su país, imagino —respondió Prisco—. Pero Ettore era algo más que lo que usted dice. Era un vendedor de mandanga al menudeo, y de ahí vino la cosa.

—¿Por qué?

—Se lo contaré tal como ocurrió. Ettore Lucania entró en el negocio de cocó hace más de un año, consiguió una clientela, y empezaba a saber de qué color es el dinero cuando la policía se fijó en él. Tuvo que ocultarse. Marie le cedió una habitación en su casa, y desde allí continuó operando como podía. Pero estaba listo, y lo sabía perfectamente. Quería marcharse, no le quedaba realmente otra solución. América. Un amigo se había ofrecido a tenderle una mano en Buenos Aires. El problema era salir de aquí, esquivar a la policía, y esto no podía hacerlo sin una ayuda poderosa.

«Alguien le brindó inesperadamente esta ayuda; no sé quién, aunque lo sospecho. Ettore me contó que un ruso llamado Valerian Pugaciov acababa de refugiarse en París y que le habían propuesto dar la cara por él y custodiarle durante unos días, hasta que la situación del ruso se resolviese. A cambio, prometían sacarle de Francia, pagarle el pasaje hasta Buenos Aires, proporcionarle la documentación en regla. Era una locura, pero aceptó».

—¿Por qué era una locura?

—¿Cómo podía Ettore custodiar a nadie si lo que más necesitaba era que le custodiasen a él? La persona que se lo propuso soñaba despierta. Probablemente imaginaba que, por el hecho de vender cocaína a domicilio, el pobre muchacho era un tigre peligroso o algo así. El resultado fue que le arrebataron al ruso ante las narices.

Leslie pensaba: «¿Y yo? ¿Dónde y cuándo entro yo? ¿Qué estaba haciendo Pugaciov en París? ¿Qué cosa esperaba? ¿Por qué me escribió a Londres?». Un hombre de la CIA.

¿Hasta dónde llegaban los canales de información del NKVD?

—Trata usted de decirme que alguien juzgó mal a Lucania y le encomendó un trabajo superior a sus fuerzas. ¿Quién…?

—Tuvo que ser uno de sus clientes.

—¿Es una hipótesis?

—Sí.

—Pero Valerian Pugaciov fue secuestrado por sus compatriotas, según usted, ayer, al caer la noche. Esto, si Pugaciov había escapado de Rusia, ponía punto final a la cuestión desde el punto de vista de los agentes soviéticos encargados de capturarle, a pesar de lo cual, durante el curso de la noche, murió Lucania, murió Martine Cozza, murió Marie Marchand, y han desaparecido Pierrot Cozza y Samuel

Reinach. ¿Por qué esa carnicería?

—Quizá porque es más sencillo secuestrar a un extranjero en una tranquila calle de Neuilly, que sacarle de París, luego de Francia, y conducirle hasta Rusia a través de Europa, aunque sea a bordo de un avión soviético. —¿Y qué?

—Hablé ayer con Ettore inmediatamente después del secuestro del ruso. El mundo se había hundido bajo sus pies, acababa de perder la ocasión soñada; estaba exasperado. Pero tenía planes. Creía en la posibilidad de rescatar con vida a Valerian Pugaciov si lograba localizar a tiempo su paradero, y me dijo que contaría con la ayuda de un hombre eficiente y tan interesado como él en el asunto. Yo le aconsejé que lo olvidara todo y se volviese a casa.

—¿Mencionó mi nombre?

—No.

—Sin embargo, tenía que saber que Pugaciov proyectaba, entrevistarse anoche conmigo. Se las ingenió para encontrarme y venir a mi hotel.

—Es evidente.

—¿Usted opina, por tanto, que Ettore consiguió averiguar el paradero de Pugaciov y acudió a mí para organizar entre los dos su rescate?

—Si era usted el hombre interesado en el asunto, sí.

—¿Quién le mató?

—Los agentes que guardaban o guardan al ruso. Ettore se puso probablemente en evidencia, traicionó sus intenciones, y los agentes eliminaron el peligro sin titubear. Es otra hipótesis, por supuesto.

—¿Martine Cozza formaba parte del peligro? ¿Y también Marie Marchand?

—¿Por qué no? Marie pudo ser asesinada sin mayor motivo que el de que no estorbase cuando los agentes registraron la habitación de Ettore. ¿Qué importancia tiene borrar del mundo a una desdichada que sueña en vano —encontrar en el fondo de una botella la felicidad perdida?

Leslie enarcó las cejas.

—¿Qué dice?

—Uno es a veces sentimental. —El corso se atusó con el dorso de la mano el negro y poblado bigote. Su tono denotó por primera vez una ligera turbación—. Louis Marchand era amigo mío. Gran

tipo. Marie era una buena muchacha, una chica decente. Se casaron en toda regla. A las cinco semanas, en su primera salida después de la boda, Louis tuvo un tropiezo con los gendarmes, se le alegró el dedo en el gatillo y le tumbaron acribillado a balazos. Marie se agarró al día siguiente a una botella de ajenjo y no la ha soltado desde entonces. Fui yo quien aconsejó a Ettore que se ocultara en casa de la pobre chica, no iba a estar más seguro en otra parte.

Leslie repitió interiormente: Una desdichada que sueña en vano con encontrar en el fondo de una botella la felicidad perdida.

Sonaba bien.

Pero no dijo nada al respecto.

—En lo que se refiere a Martine Cozza —sugirió—, su idea será que averiguó demasiado.

—Sí.

—¿En la casa de la Rué Dolet?

—En alguna parte.

—Pero usted la envió a esa casa —puntualizó Leslie, pensativo —. Es posible que llegara cuando los rusos registraban la habitación, cuando acababan de matar a Marie o se disponían a hacerlo, de lo contrario, no me explico que lo que pudiera descubrir en un plazo de tiempo tan corto hiciera necesaria su muerte.

—Es posible —concedió el corso.

—Lo extraordinario, no obstante, es la manera como ella estableció la relación entre Pugaciov, Lucania y yo, sin atinar en que Ettore Lucania era el hombre asesinado en mi hotel. ¿Fue usted quien le proporcionó esa pista?

Prisco movió negativamente la cabeza.

—Yo me limité a darle las señas de Marie Marchand.

—Pero usted, sabía que existía una relación entre Pugaciov y Lucania.

—Nadie, en ningún momento, me habló de eso. A Pugaciov es usted el primero que le ha mencionado. No he dicho a nadie que existiera esa relación, porque nadie me ha dicho que buscara a Ettore para encontrar al ruso.

—¿Ni siquiera, Samuel Reinach?

—Ni siquiera él.

—¿Dónde, entonces, averiguaron Martine y Reinach que se podía encontrar a Pugaciov a través de Lucania?

—No lo sé, Gennerich, Alguien se lo dijo, pero no fui yo. Y quizá fuera el propio Ettore.

—Él estaba muerto.

—Antes. Tal como me habló a mí de lo que pensaba obtener de esa maldita historia del ruso, pudo hablarles a otros. Martine recogería el rumor, y también Reinach.

—¿Usted aprecia a Samuel Reinach?

Prisco pestañeó.

—¿Por qué sale con eso ahora?

—Es una idea que se me ha ocurrido. Samuel Reinach tiene poder sobre usted, como lo tiene sobre muchas otras personas; y lo natural es odiar a quienes tienen poder sobre nosotros.

—¿Poder?

—Poder para enviarle a presidio de nuevo.

—Todo eso no hace al caso, Gennerich. —El corso hablaba con helada suavidad—. Son cosas que uno deja atrás en la vida. Me he labrado una posición, no hay nada reprobable en mis negocios, puedo mirar a la gente con la frente alta. En cuanto a Reinach, es un hombre de bien. Suponiendo que tenga todo el poder que usted le atribuye, nunca lo usará para causar daño. ¿Algo más sobre este asunto?

—No.

—Lo celebro.

Una lejana sonrisa curvaba los labios de Leslie.

—¿No le parece raro, Prisco, que Martine Cozza fuera asesinada por haber averiguado algo que ya no tenía el menor interés?

El corso se quitó el mondadientes de la boca.

—No entiendo a lo que se refiere.

—Simplemente, a que Valerian Pugaciov había sido secuestrado por los agentes soviéticos. Después de esto, seguir la pista de Lucania, que además estaba muerto, no conducía a ninguna parte. Y lo único que hizo Martine fue seguir esa pista. Nunca hubiera encontrado a Pugaciov.

—Ha dicho usted que quizá la mataron porque sorprendió a los rusos en casa de Marie Marchand.

—¿Qué demonio buscaban allí, teniendo a Pugaciov en su poder?

Prisco se encogió de hombros.

—No soy un oráculo, Gennerich. Respondo de que es auténtico todo lo que conozco directamente, lo que sé por mí mismo. Mis hipótesis, sin embargo, son sólo hipótesis.

Leslie asentía con lentos movimientos de cabeza.

—Fue una lástima que Martine Cozza no le dijera anoche que buscaba en realidad a Pugaciov, no a Lucania —comentó. —Probablemente, de habérselo dicho, seguiría viva. Y si Reinach se lo hubiera dicho también, habríamos ganado mucho tiempo. En una cosa tiene usted razón: Valerian Pugaciov, a estas horas, estará ya nuevamente camino de Rusia. Todo ha terminado. Es tardé para concebir esperanzas.

—¿Le duele? —preguntó el corso. Su atención parecía concentrarse en el examen del mondadientes, al que daba vueltas entre sus dedos—. ¿Le duele haber perdido la partida, Gennerich?

—Lo que me duele es que ni siquiera haya habido partida.

Prisco suspiró.

—Este asunto me ha proporcionado grandes sorpresas, a mí, un hombre a quien desde hace muchos años nada podía sorprender. Usted ha sido la principal de ellas. Incluso un retrasado mental comprendería que Valerian Pugaciov es un desertor que ha estado tratando de comprar la protección americana pagándola con información a los espías. El hecho de que se encargue usted de la operación, usted, un antiguo policía podrido, un montón de basura que andaba por París poco menos que pidiendo limosna, me enseñará a desconfiar en adelante del mundo entero. Es bien cierto que bajo un disfraz de piel de asno puede ocultarse un Einstein.

—Gracias por la comparación.

El corso se inclinó hacia adelante y tendió la mano abierta a través de la mesa.

—Señor agente americano, porque eso es lo que usted es, hemos tasado en cinco mil francos mi charla, pagaderos aquí y ahora. El tiempo vuela y tengo que marcharme.

Leslie le miró un momento sin moverse. Luego sacó su billetero, contó cuatro mil francos y los depositó en la mano abierta ante él.

Prisco cerró lentamente los dedos y estrujó los billetes.

—Perfecto.

—Apuesto a que nunca había ganado tanto dinero con tan poco esfuerzo —dijo el americano. Apartó la silla de la mesa para

ponerse en pie—. ¿Seguirá después de esto mirando a la gente con la frente alta?

—¿Por qué no?

—Una simple pregunta.

—Una estúpida pregunta. —El corso se metió descuidadamente en el bolsillo el manojo de arrugados billetes—. Pero es usted un tipo regular, Gennerich, alguien, cosa rara, que cumple sus promesas. En vista de ello le diré algo más.

—Muy amable.

—Ettore no tenía muchos clientes, en particular desde que la curiosidad de los gendarmes le obligó a retirarse de la circulación normal. He estado pensando en ello… El más importante de los clientes que le quedaban es una mujer que vive en Neuilly.

En pie ante la mesa, ambas manos en el respaldo de la silla, Leslie aguardó.

—Un lugar simpático —dijo…

—El lugar donde fue secuestrado Valerian Pugaciov —añadió Prisco calmosamente—. Esa mujer es la condesa Koroptina, una vieja emigrada rusa trufada de cocó hasta las orejas. Creo que saberlo puede serle a usted útil. Encontrará sus señas en la guía telefónica.

—¿Una de sus hipótesis, Prisco?

—Una de ellas. Se lo mencioné antes.

—¿Sería esa mujer quien encomendó a Lucania la tarea de custodiar a Pugaciov, prometiéndole en pago sacarle de Francia y conducirle a Buenos Aires?

—Si no fue la condesa Koroptina, que es rusa, que veía con regularidad a Ettore y que vive en Neuilly, habrá que suponer que fue el mismísimo diablo.

—Entiendo.

Prisco tomó del palillero un nuevo mondadientes.

—¿Satisfecho?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque he venido a París para entrevistarme con Pugaciov, y estoy más lejos de ello que antes de emprender el viaje. Lo demás no cuenta. —Leslie saludó al corso con un ademán—. Dos mil francos arrastraron a Martine Cozza a la tumba; espero que cinco

mil no sean demasiado peso para usted. Adiós, Prisco.

Se apartó de la mesa y echó a andar a través de la sala del restaurante.

¿Lo demás?

Martine Cozza, Ettore Lucania, Marie Marchand, ellos eran lo demás: un sucio rompecabezas arrabalero, tan distinto del mundo en que se movía Valerian Pugaciov como pudiera serlo el invierno ruso del verano persa.

Antes de llegar a la puerta se detuvo.

Un rostro.

Un rostro se dibujaba en el vidrio del escaparate, entre los rótulos escritos con tiza de colores. El rostro de un hombre que, desde la calle, miraba hacia el interior del local.

Leslie reanudó su camino apresuradamente, alcanzó la puerta y se precipitó al exterior.

Ante el escaparate no había nadie.

La gente transitaba con indiferencia, cada cual a sus cosas, cada hombre y cada mujer un mundo, un enigma, una incógnita.

¿El rostro?

Leslie miró alrededor, se alzó de puntillas para alcanzar más allá de las cabezas próximas, examinó el lado contrario de la calle. Nada.

Corrió a doblar la esquina.

Nada.

El dueño del rostro que acababa de ver a través del escaparate del restaurante se había escabullido, y Leslie experimentó una desagradable sensación de vacío en el estómago al pensar en cuál podía ser el motivo de su furtiva conducta.

Porque aquel rostro de gran nariz y ojos muy juntos, dominado por un cráneo completamente calvo, no era otro que el de Samuel Reinach.

CAPÍTULO IX

Un lugar simpático.

Apoyada la espalda en el muro de una casa, Leslie contempló pensativo la hilera de jardines que constituían la Rué Cassou. El tercero, detrás de una bonita reja cuyos barrotes estaban rematados por puntas de flecha, correspondía al número quince.

Era en el número quince de la Rué Cassou de Neuilly donde, según la guía telefónica, vivía la condesa Olga Koroptina.

Entre la reja se vislumbraba el esplendor de los crisantemos.

Era allí.

Un palacete de dos plantas, de estilo neoclásico, bien conservado, que irradiaba calma y prosperidad.

Leslie echó a andar y cruzó oblicuamente la calle.

El botón del timbre, con su placa de bronce impoluta, estaba en una de las pilastras que sostenían la puerta de la verja.

Llamó.

Un hombre y dos perros aparecieron en el sendero que conducía a la casa. El hombre era alto, enjuto, de aire reposado: un criado vestido con pantalones negros y chaquetilla listada. Los perros eran dos enormes ejemplares de la raza «Doberman», ágiles y vigorosos cual tigres, y quizá feroces como tigres también. Los tres, hombre y animales, caminaban con paso contenido, fija la mirada en la puerta.

—Deseo hablar con la condesa Koroptina —dijo el americano. Los perros se habían detenido y permanecían inmóviles como estatuas, sin ladrar, sin gruñir—. Vengo de Londres y me llamo Leslie Gennerich.

El criado abrió la puerta.

—Por favor.

Tenía una cara a lo Buster Keaton, larga, seria, impasible.

Los perros continuaban inmóviles.

Leslie los sintió pegados a sus talones cuando emprendió el camino de la casa en pos del criado. Sintió la amenaza que emanaba de ellos, silenciosa, pero explícita. Estaba seguro de que cualquier gesto impropio, cualquier paso fuera de la senda establecida, desencadenaría fulminantemente el ataque. No ignoraba que de un «Doberman» bien adiestrado podía hacerse una auténtica máquina de matar.

Los perros se quedaron en el jardín cuando el criado le introdujo en el suntuoso vestíbulo.

—Si el señor tiene la amabilidad de esperar, me informaré de si la señora condesa está en casa. ¿Me permite el señor su tarjeta?

Leslie miraba en torno.

—Déjese de tarjetas. Mi nombre es Gennerich, Leslie Gennerich, de Londres; si no va a recordarlo se lo anotaré en un papelito. Y seguro que la condesa está en casa, o de lo contrario no me hubiera usted dado el paseo hasta aquí.

Ni un músculo se alteró de la cara de palo.

—Lo que mande el señor.

Dos escudos hermanados dominaban el vestíbulo desde la doble escalinata que conducía al piso superior. Uno era el de la familia imperial rusa, y el otro, que Leslie no conocía, probablemente el de los condes Koroptin.

Dos escudos más allá del tiempo.

Había gente que intentaba vivir así, aferrada a un sueño de lustros, a un recuerdo, a una quimera, a un ideal, fuera del tiempo y del espacio. Muchos lo habían intentado, hombres y mujeres, en cualquier época y en cualquier lugar.

Intentado.

En su sucia casita de la Rué Dolet, Marie Marchand buscó en el fondo de una botella de ajenjo su perdido sueño de cinco semanas. En su palacete de Neuilly, Olga Koroptina vivía su sueño zarista trufándose de cocaína hasta las orejas.

¿Qué importaba el dinero, qué la condición social, qué la distancia?

Sueños.

Un caballero francés y su hija.

—Por aquí, señor.

La condesa vestía de negro, falda hasta los tobillos, alzacuello de

encaje, bastón con puño de marfil. Ocupaba una butaca de alto respaldo, en un gabinete estilo Segundo Imperio, junto a una mesa en la que había un samovar.

Sus miserables ojos de toxicómana se abrían en un rostro pálido, altivo, aristocrático.

Tenía el cabello blanco como la nieve.

Leslie sintió a un tiempo compasión e ira.

—Siéntese —dijo ella, señalando con el bastón una silla próxima a su butaca. Pronunciaba el francés coa el ya olvidado acento de la corte rusa, típico de los aristócratas emigrados supervivientes—. Confieso que no esperaba su visita, señor Gennerich; por lo menos, tan pronto.

—¿Sabe usted quién soy?

—Sí.

Algunas hipótesis no eran sólo hipótesis.

—Vine ayer a París llamado por el general Pugaciov. —Leslie se acomodó en la silla—. Si no me equivoco, usted tiene algo que ver con él.

Los ojos de la mujer no reflejaban la menor emoción.

—Demasiado tarde, señor Gennerich.

—Ya sé que es demasiado tarde. Pero me queda el consuelo de no haber necesitado más que unas horas para localizarla. Porque fue usted, ¿verdad?, la persona a cuyo lado se refugió Pugaciov al escapar de Rusia Ella movió la cabeza afirmativamente.

—Valerian es mi primo; o lo era, si acaso ha muerto.

Leslie apretaba los puños.

Era verdad: el jefe de la Oficina Estratégica del NKVD había escapado de Rusia, no salido de ella legalmente; estuvo oculto en París, amparado por suprima la condesa, y era ésta quien habíale puesto en manos de Ettore Lucania, vendedor de cocaína al por menor, obrero tipográfico y compositor de canciones.

Olga Koroptina formaba un puente entre dos mundos. Era el nexo de unión que había hecho posible lo imposible.

¡Gente que vivía más allá del espacio y del tiempo!

Mala suerte.

Mala suerte para él, para Pugaciov, para cuántos habían muerto en el curso de la pasada noche, quién sabe para cuántos más.

—¿Es cierto que el general fue secuestrado?

—Dicen que se apoderaron de él los bolcheviques.

—¿Dicen? ¿Quién lo dice?

La mujer le miraba fijamente.

—¿A usted, qué le importa, señor Gennerich? Comprendo que se sienta molesto por haber hecho el viaje en vano, pero ¿qué le importa lo demás? Imagino que viene a protestar por el perjuicio que han sufrido sus negocios, a decirme que su tiempo es precioso y otras cosas por el estilo. No se preocupe: antes de que se marche le entregaré un cheque que espero le compense debidamente. Este asunto no me incumbe en realidad, pero me siento moralmente responsable de los compromisos que Valerian haya podido contraer.

—Déjese de cheques —replicó Leslie con frialdad—. Éste es mi trabajo, y mi Gobierno me paga por él un sueldo que hace innecesarias las propinas ajenas. Lo que yo quiero…

—¿Todavía?

—¿Todavía, qué?

—¿Todavía le paga su Gobierno? Valerian aseguraba que había sido usted expulsado de la policía secreta en circunstancias sumamente penosas. —La actitud de la dama traslucía inequívoco desdén, y se notó claramente que no era «penosa» la palabra exacta que deseaba haber pronunciado—. Éste ha sido, en el fondo, el origen de todas las complicaciones.

—¿Se burla usted de mí, señora?

La condesa frunció el entrecejo.

—No comprendo.

—No comprende, ¿eh? Pues yo tampoco. Si el general Pugaciov aseguraba que fui expulsado de la policía secreta, ¿por qué me ha hecho venir de Londres? ¿Por qué ha recurrido a mí en las circunstancias en que se hallaba? ¿No se le ha ocurrido que semejante proceder es absurdo?

—No. No es absurdo. Claro que no.

Leslie repitió entre dientes:

—Se burla usted de mí. —Luego añadió pensativo—: O quizá lo que ocurre es que Pugaciov la engañó.

—¿Engañarme?

—¿Qué fue lo que le dijo? ¿Por qué me escribió a Londres?

—Para ayudarle.

—¿Ayudarme él a mí?

—¿Qué otra cosa imaginaba? Valerian dice que le conoció durante la guerra y que en toda su vida ha sido usted el único americano que le ha tratado como a un ser humano en lugar de como a un rival o un enemigo en potencia. Dice que en aquel tiempo era usted un joven inteligente y limpio de corazón y que no puede haber cambiado mucho. —La mujer hablaba sin convicción —. Ésta era su opinión, no la mía, se lo advierto, aunque en parte comprendo lo que Valerian quería dar a entender. Es prácticamente imposible encontrar a un norteamericano, en particular a un norteamericano joven, que no demuestre en su trato con las demás personas el desprecio o la compasión que le inspiran por el hecho de no ser ciudadanos de los Estados Unidos, donde, al parecer, todo lo bueno del mundo empieza y acaba. Y cuando no demuestran compasión o desprecio, es recelo y temor, lo cual les ocurre únicamente ante los rusos. Abruma a cualquier hambre civilizado la impermeabilidad de ustedes para todo lo que no sean los viejos tópicos del discurso de Lincoln en Gettysburg, las películas panorámicas en colores o la propaganda de las bebidas carbónicas. —La condesa oprimió nerviosamente entre los dedos el puño de marfil de su bastón y se interrumpió a sí misma. Continuó en otro tono—: En fin, supongo que Valerian consideraría que estaba usted hecho de una madera de mejor clase. Un impulso sentimental, un impulso muy ruso, señor Gennerich; esto es lo que le ha perdido.

Leslie escuchaba con curiosidad.

—No sé si lamentar o celebrar que opine usted así de los americanos.

—Soy sólo una vieja europea.

—Pero sus opiniones no hacen al caso en este momento. Lo positivo es que Valerian Pugaciov desertó de su puesto en el NKVD, abandonó Rusia, vino a París y se ocultó junto a usted. Desde aquí localizó mi paradero y me escribió a Londres dándome una cita. Hizo esto, en lugar de confiarse a las autoridades francesas, a los agentes británicos o a mis propios compatriotas, en nuestra embajada o donde fuere; hizo esto, dijo, porque guardaba buen recuerdo de mí y deseaba ayudarme. ¿Ayudarme cómo, señora?

—Entregándose a usted. Valerian tenía, según afirmaba, una información valiosísima que transmitir. Pensó que si lo hacía a través de usted, si le utilizaba como intermediario, si aparecía usted

ante las autoridades de su país como el hombre que había persuadido a un alto jefe del NKVD de que se pusiera en sus manos y le confiara sus secretos, recuperaría su prestigio y sería rehabilitado su nombre. Resuelto a entregarse a los americanos, ¿por qué no favorecer al único americano que estimaba?

—¿Es cierto eso? —preguntó Leslie con aspereza.

—Naturalmente que es cierto.

—¿Cuánto tiempo llevaba Pugaciov en París?

—Hoy hubiera sido el quinto día.

—Tardó muy poco tiempo en averiguar mi paradero y mis señas.

—Los conocía ya. Vino con el plan trazado, y enseguida le escribió a usted.

—¿Vino de Rusia conociendo mis señas?

—Sí. Había pensado en usted apenas concibió la idea de fugarse.

—¿Por qué se fugó?

—No lo sé. Una crisis moral, un impulso aventurero. No ha hablado sobre ello una palabra, pero me ha parecido comprender que había sufrido un rudo golpe, un desengaño, quizá una pérdida dolorosa. Valerian lleva en las venas la misma sangre que yo. —El rostro de la mujer se contrajo en una mueca—. No es una sangre que nos proporcione mucha fuerza moral frente a determinadas adversidades.

—La cocaína ayuda —dijo Leslie con intención.

Los torturados ojos de la condesa sostuvieron su mirada.

—Alguien me dio ese consejo hace muchos años.

—Un consejo que ahora le ha costado a Valerian Pugaciov la libertad, y quién sabe si la vida.

Los ojos se cerraron y volvieron a abrirse.

—¿Cómo?

—¿Qué me dice de Ettore Lucania?

Una pausa.

—Nada.

—Se lo diré yo, entonces. Anoche murió asesinado.

La condesa contuvo el aliento.

Su flaco cuerpo se puso rígido como si se le hubiera petrificado la carne.

—Anoche —murmuró—. ¿Ettore Lucania?

—Su proveedor de coco, señora.

—¡Cállese!

Estaba desconcertada.

—No, no me callaré —replicó Leslie con helada ira—. ¡Maldita sea! Si Valerian Pugaciov estaba dispuesto a hacer eso por mí, a tenderme una mano de ese modo, juro que iré a buscarle a Siberia si es preciso. Y ha sido usted, usted, con sus escudos, sus criados y sus perros, usted, rellena de mandanga hasta las narices, quien ha labrado su desgracia. ¿Vieja europea? ¡Vieja podrida!

—¡Señor Gennerich!

—¡Oh, no me diga que se escandaliza de oír la verdad! El general Pugaciov, un hombre en peligro de muerte, un pariente suyo, se confió a su protección. ¿Qué hizo usted por él? Encomendarle a los buenos oficios de un miserable inmigrante italiano, una rata de cloaca, un pobre estúpido acosado por la policía, el cual, como no podía ser menos, ha dejado que secuestraran al general ante sus narices. ¡Ah, pero Ettore Lucania era quien la proveía a usted de cocaína, de droga mágica que ayuda a soportar la adversidad de vivir en París nadando en oro! ¿Por quién le había tomado usted, señora? ¿Por Al Capone?

A la condesa se le descomponía el rostro.

—¿Cómo sabe usted todo eso? —articuló.

—Porque desde que Valerian Pugaciov no acudió a la cita que me había dado estoy siguiendo su pista desesperadamente; así es como lo sé. Y desde entonces, debido a la decisión de usted de mezclar a Lucania en este asunto, ha sido asesinado el propio Lucania, lo ha sido una mujer llamada Marie Marchand, lo ha sido otra mujer, Martine Cozza, a quien yo tenía en gran estima, y probablemente lo han sido más personas. Es demasiado tarde, por supuesto, para persuadirla a usted de que la cocaína no ayuda.

—No puedo creer…

—Tendrá que creerlo a la fuerza. —Un millón de voltios de energía cargaban el tono frío y exasperado de Leslie—. ¿Confió usted o no confió la custodia de Pugaciov a Ettore Lucania?

La mujer se acarició la boca con el dorso de una mano que temblaba.

—Yo no sabía qué hacer, señor Gennerich.

—¿Hizo eso?

—Sí.

—¿Cómo ocurrió? ¿De dónde vino la cosa?

—Lo pidió Valerian.

—¿Qué pidió?

—Dijo que no podía permanecer en esta casa, porque sería el primer lugar donde le buscarían los bolcheviques. No quería comprometerme ni exponer mi vida o la de cualquiera de mis amigos. —La condesa hablaba con voz apagada—. Estábamos discutiendo esto cuando me visitó Ettore; mi proveedor de cocó, muy bien, como usted dice. Pero Ettore Lucania era en la actualidad la única persona a quien yo conocía familiarizada con el uso de armas, experta en esquivar a la policía, relacionada con el bajo mundo, llena de recursos, y no se le podía considerar uno de mis amigos. Traté el asunto con Valerian y lo aprobó. Luego, sin explicarle quién era en realidad mi primo, ofrecí a Ettore una recompensa tentadora si le ocultaba durante dos días, y él, naturalmente, aceptó. Vino más tarde a buscarle en un coche. Desde aquel momento no he vuelto a ver a Valerian.

—¿Era la víspera de su cita conmigo?

—La antevíspera, de madrugada.

—¿Habían dado señales de vida los agentes soviéticos?

—Advertidos por nosotros, no. Tampoco las han dado después.

—O sea, que el general Pugaciov no estuvo refugiado en esta casa más que los primeros momentos de su presencia en París, uno o dos días; a continuación le ocultó Lucania.

—Sí.

—¿Dónde?

—No lo sé. Dijo que en lugar seguro.

—Pero le secuestraron aquí, en Neuilly.

—Venía a verme.

—¿Venía? ¿No había salido de esta casa?

—No.

—¿Venía solo?

—Con Ettore.

—¿Presenció Ettore Lucania el secuestro?

—Sí, lo presenció, pero no pudo evitarlo. Fue, según me contó, una ocasión bien elegida, un golpe de audacia. Parece ser que los secuestradores les seguían en un coche, esperando el momento oportuno; es la única explicación posible. Ettore estaba desolado.

Dejándose arrebatar a Valerian arruinaba su futuro, que yo le habría resuelto gustosa si las cosas hubieran salido bien. Me dijo más o menos lo que usted: iría a buscarle hasta el corazón de Siberia si era preciso. Ahora viene usted y me anuncia que ha muerto.

—El secuestro de Pugaciov, claro está, no fue denunciado a la policía.

—No. Ettore se opuso. Me demostró que con ello no conseguiríamos nada, y que sería contraproducente para él y para mí.

—Lo imagino —asintió venenosamente Leslie—. Sin embargo, otras personas debieron presenciar el suceso. ¿También las convenció a ellas?

—Nadie se dio cuenta de lo que ocurría. Fue todo ejecutado con tanta perfección que únicamente Ettore comprendió que se trataba de un secuestro.

—Y calló.

—Sí.

—No hubiera callado si hubiese sido un hombre honrado en lugar de un bribón amenazado por la cárcel y temeroso de arruinar su negocio de cocaína si alzaba la voz.

La mujer se inclinó hacia adelante, apoyándose con ambas manos en el bastón, y posó en los ojos del americano su terrible mirada.

—Quiero vivir, señor Gennerich —dijo.

—¿De veras?

—Quiero vivir, y la cocaína es lo único que me sostiene. Arrebáteme ese soporte, o aunque sólo sea la fe en ese soporte, y cavará mi tumba.

—Supongo que es muy importante que usted viva.

—Todos somos importantes, cada cual a su modo. Todos cumplimos una misión, por pequeña que sea.

—¿Cuál cumple usted?

—Mantengo un refugio para gatos extraviados.

—Imaginaba algo parecido —dijo Leslie, sin expresión. Se puso en pie, apartó la silla, y por un instante contempló en silencio a la mujer. Luego añadió—: Valerian Pugaciov lleva en las venas su misma sangre. Yo era, probablemente, para él una especie de gato

extraviado.

—En el sentido en que un gato extraviado es un amigo en desgracia, sí, probablemente lo era. Quizá un americano, ni que sea usted, llegue jamás a comprender la substancia sentimental de los motivos que impulsan a actuar a un ruso, y mucho menos si el ruso es un Pugaciov.

—¿Incluso un Pugaciov bolchevique, por emplear la palabra que usa usted?

—Incluso así. —La condesa había recobrado su dignidad con enorme esfuerzo—. No es fácil juzgar a los extraños a simple vista, señor Gennerich. Yo no transigiré nunca con el régimen político que expulsó de Rusia a mi familia, pero en el terreno personal puedo comprender muy bien los impulsos que han convertido a un primo mío, hijo de una hermana de mi madre, en miembro destacado de la policía secreta bolchevique, para luego hacerle desertar de su puesto. En cambio, no alcanzó a explicarme la razón de que un exmiembro de la policía secreta americana, expulsado por encubrir el contrabando de cocaína en su país, se atreva a echarme en cara el hecho de que yo adquiera dicha cocaína, no para enriquecerme envenenando con ella a otras personas, sino para vencer el asco que me inspira el mundo en que me ha tocado vivir. No, no alcanzo a explicarme semejante absurdo.

Leslie seguía contemplando a la mujer, ahora con una extraña sonrisa en los labios.

—Enigmas —respondió.

Y pensó que era ya hora de marcharse.

Una voz hastiada:

—Prefectura de Policía.

La gramola tragaperras, a corta distancia, difundía una canción de Sacha Distel. Leslie se tapó con la mano la oreja contraria a aquélla en que tenía aplicado el aparato telefónico.

—Con el comisario Junot. Mi nombre es Leslie Gennerich.

Una pausa.

El bar estaba en la avenida de Neuilly, cerca de la Plaza del Mercado, bien calentado por el sol de la tarde.

—¿Gennerich? ¿Es usted realmente Gennerich?

—Sí.

—¿Desde dónde me llama?

Leslie frunció el entrecejo.
—Desde un lugar muy animado. ¿Sabe algo de Pierrot Cozza?
—Venga a mi despacho y se lo diré.
—No.
—Tengo que hablarle, Gennerich.
—No me interesa su conversación. Quiero saber únicamente si Pierrot Cozza ha aparecido.
La respuesta se demoró unos instantes.
—Sí, ha aparecido. ¿Desde dónde llama usted?
—¿Está vivo?
Nueva demora.
—Está muerto. —Junot se expresaba distraídamente, como si pensara en otra cosa—. Su cadáver y su coche han sido encontrados en Ivry. Cozza tenía una puñalada en el corazón. ¿Quiere usted hacer el favor de escuchar lo que le digo, Gennerich?
Leslie cerró los ojos.
Sacha Distel.
¡No!
Un capítulo se había cerrado. Probablemente era mejor así, para Pierrot. Sin Martine, sin la razón de su vida, sin su impulso, su aliento, su nervio, su musa, ¿qué? La náusea, la vida, la náusea. El, en su pellejo, lo hubiera matado y reventado todo, todo, hasta reventarse a sí mismo.
Era mejor, mucho mejor así.
La paz.
Su oferta de diez mil francos había dado buenos frutos.
—¿Cuándo murió?
—¿Quiere escucharme? —insistía Junot.
—¡Conteste!
—Se calcula que una hora u hora y media después que Martine. Óigame, Gennerich. —Tono amistoso—. Lamento mucho ese incidente del hotel. Puede usted volver al «Bretagne» sin reparos. He dado explicaciones. La gerencia tiene orden de no molestarle de nuevo. Le aconsejo por su bien…
—Jamás escucho los consejos de un polizonte. —Pierrot jamás bebía con un polizonte—. Si le escuece que haya burlado a sus agentes con un truco tan sencillo como el de desorientarles en una estación de metro, póngase polvos de talco. Yo voy a lo mío. —Mis

agentes han sido retirados del hotel— dijo Junot con suavidad. —Vuelva allí y compruébelo.

—Confío en su palabra. Hasta otra, comisario.

—¡Un momento, Gennerich!

Leslie cortó la comunicación.

Una puñalada en el corazón de Pierrot Cozza, otra en el de Martine, otra en el de Lucania, otra en el de Marie Marchand.

Cuatro.

La gramola automática había quedado en silencio.

Sombrío el rostro, Leslie marcó en el teléfono un nuevo número.

—¿Esther?

—¡Oh, señor Gennerich, por fin! Temí que no me llamara usted a tiempo. —La muchacha había contestado con tanta prontitud como si se hallara de guardia junto al aparato. Hablaba con exaltación—. Temí que fuera demasiado tarde.

El respiró profundamente.

—¿Qué ocurre?

—He hablado con mi padre. Está bien. Sólo me ha dicho que está bien y que le diera a usted un recado. Muy importante, señor Gennerich.

—¿Le ha visto?

—Ha llamado por teléfono.

Samuel Reinach atisbando a través del escaparate del restaurante de la Rué Bobillot y escabullándose entre el público.

Samuel Reinach.

No era necesario comunicarle la noticia a la joven. No era ya necesario calmar su ansiedad.

—¿Cuál es su recado?

—¿No se alegra usted de que mi padre haya reaparecido? ¿No le parece maravilloso?

—Estupendo. A ver el recado.

—Le espera a las seis en «La Fournie», Rué de Rennes. Es fundamental que acuda usted. Cosa de vida o muerte. Café «La Fournie», Rué de Rennes.

—Ya.

—¿Qué le pasa, señor Gennerich? Algo le preocupa, ¿no es así? Lo noto en su voz.

Leslie, pensativo, oprimió entre sus dedos el teléfono.

—¿Quiere hacerme un favor?

—Naturalmente.

—¿Conserva todavía la habitación que tomó esta mañana en el «Bretagne»?

—En teoría sí. Pagué un día por adelantado. Pero no iba a volver.

—Vuelva. Entérese de si ocurre algo anormal en el hotel, haga todas las preguntas que precise. ¿Puede estar de regreso en casa dentro de una hora?

—Supongo que sí.

—Entonces la llamaré de nuevo —dijo Leslie. Y cortó sin una palabra más.

Una hora.

Tomar el metro en la Porte Maillot y apearse en la Bastilla, al otro lado de París. Esperar en un café de la calle del Faubourg Saint Antoine.

El teléfono.

—¿Esther?

—Sí, ya estoy aquí. —La voz excitada—. ¡Oh, señor Gennerich! Es horrible…

—Dígalo.

—Han encontrado a un hombre muerto en el hotel. Ocupaba una habitación próxima a la suya. Es el hombre de quien habló usted anoche a mi padre.

—Horrible —dijo Leslie con frialdad.

—No, no me refería a eso —replicó la joven—. Había en la alfombra de la habitación de usted una gran mancha de sangre, y un análisis ha revelado que la sangre es del mismo tipo que la del hombre. Han sido descubiertos otros indicios. La policía, ¿me oye? Le busca a usted por asesinato.

Las palabras amables de Junot: «¿Desde dónde me llama? ¡Le ruego que venga a mi despacho! ¡Vuelva al hotel y no se preocupe!».

Leslie sonrió sin alegría.

Uno no sabía nunca lo que podía tardar la policía en averiguar el origen de una llamada telefónica y enviar al lugar un patrullero. Un hombre inteligente, si llamaba desde Neuilly, se trasladaría apenas colgado el aparato al extremo opuesto de la ciudad.

Un hombre inteligente.

—Gracias, encanto —dijo.

Las palabras amables de un polizonte nunca eran amables porque sí.

¿Buscado por asesinato?

Muy bien.

CAPÍTULO X

Le vio prácticamente desde el umbral de la puerta.

Ocupaba una mesa apartada, la cabeza inclinada hacia adelante, una copa de coñac ante sí. Las últimas copas de coñac en París de un caballero francés.

Leslie tomó una silla e hizo seña al camarero.

—Un ajenjo.

Los juntos y astutos ojos le miraban chispeantes.

—Tienes buen aspecto, Gennerich.

—Me siento en plena forma… ¿Tú qué tal desde anoche?

—Pasando.

—Vaya.

Reinach vigilaba el regreso del camarero.

—Parece que ha mejorado el tiempo, ¿no es así?

—No hay que fiarse. Apostaría a que en cualquier momento vuelve a fastidiarnos la lluvia. Silencio.

El camarero regresó, sirvió el ajenjo y dejó sobre la mesa una jarrita de agua y dos terrones de azúcar.

—Te degollaría, Gennerich —dijo el judío cuando aquél se hubo alejado definitivamente—. Algunas veces te degollaría, y una de las veces ha sido este mediodía en la Rué Bobillot.

Leslie vertía un chorrillo de agua en su vaso.

—Ahorremos palabras —replicó a media voz—. Si te hubieras tomado a lo largo del día la molestia de ponerte en contacto conmigo hubiera sido todo mucho más fácil. Puesto que has preferido ser fiel a tu condenada independencia, perfecto, adelante. Escucha lo que sé.

Reinach repitió, absorto:

—A veces te degollaría.

—Cállate. Tal como yo suponía, Valerian Pugaciov vino a París huyendo, después de desertar de su puesto en el NKVD, y me

escribió a Londres sin sospechar que yo soy un agente de la CIA, movido únicamente por su antigua simpatía hacia mí, pensando que si yo aparecía como el hombre que había gestionado y conseguido su salto a través del telón de acero se olvidaría el escándalo que, a su entender, me hizo salir del Servicio Secreto. Aquí, en París, buscó refugio en casa de su prima, la condesa Olga Koroptina, que vive en la Rué Cassou, en Neuilly; pero, temiendo ser localizado enseguida por los agentes soviéticos, optó por otra solución. La vieja condesa contrató a Ettore Lucania, su proveedor de cocaína, para que ocultara y amparase al general hasta mi llegada de Londres. Lucania no era el hombre adecuado para un trabajo así. Pocas horas antes de nuestra cita, Pugaciov abandonó su escondrijo y, por un motivo que nadie parece saber, cometió la imprudencia de dirigirse a casa de su prima en compañía de Lucania. Fue limpiamente secuestrado ante las narices de éste en una calle de Neuilly, y, todo el negocio se vino abajo.

»La primera parte de la historia es bastante comprensible; la segunda lo es mucho menos. Furioso, al parecer, por el chasco sufrido, Ettore Lucania comenzó a operar por su cuenta. Localizó mi paradero, se presentó en mi hotel durante mi ausencia, se introdujo en mi habitación, y allí fue asesinado. Era el hombre cuyo cadáver apareció y desapareció. —Leslie, que observaba al anticuario, no le vio pestañear—. Su asesinato inició una serie. La mujer en cuya casa de la Rué Dolet residía, Marie Marchand, fue apuñalada como Lucania lo había sido, y también lo fueron Martine y Pierrot Cozza, a quienes yo había lanzado sobre la pista de Pugaciov. Fíjate en lo que te digo, Samuel. Yo había lanzado a Martine y Pierrot, lo mismo que a ti, sobre la pista de Pugaciov, y los tres, o por lo menos Martine y tú, seguisteis la pista de Lucania, a quien yo no había mencionado porque ignoraba incluso su existencia. A partir del secuestro del general, todo cuanto ocurrió anoche es descabellado. Cuatro asesinatos. Cuatro vulgares criaturas de los bajos fondos apuñaladas cuando ya los agentes soviéticos habían conseguido su objetivo y estaba completa la operación. Sin pies ni cabeza. ¿Por qué?

Reinach miraba al techo. Dijo súbitamente:

—Es posible que los asesinatos hubieran sido cinco. Si hubiese durado un poco más la noche.

—¿Siendo tú la quinta víctima?

—No.

—¿Siendo yo?

—Siendo Jean-Pierre Prisco.

Leslie abrió la boca.

—¿Prisco?

—He pasado el día entero detrás de él —declaró el anticuario con aire ausente—. Lo he hecho porque, cuando me disponía a visitarle, esta mañana, he descubierto que alguien le vigilaba. Una sorpresa, al principio. Luego he optado por vigilar al hombre que le vigilaba a él, y he creído comprender. Prisco está en la misma lista que Marie Marchand y Martine Cozza.

—¿Y en la misma, por tanto, que Pierrot y Lucania?

—Evidentemente. Sólo que no he sabido hasta ahora que ellos hubieran muerto también. Tenía que ser así, por lógica, pero yo no conocía a Lucania, y aunque vi su foto al registrar su habitación de la Rué Dolet, no podía identificarle por la esquemática descripción que tú me habías hecho del cadáver desaparecido. En cuanto a Cozza, muerta su mujer, era fácil adivinar cuál habría sido su suerte.

—Un momento. —Leslie extendió las manos—. ¿Tú registraste la habitación de Lucania?

—Sí.

—¿Tú lo revolviste todo, rasgaste las butacas y el colchón, rompiste la guitarra?

Reinach se encogió de hombros.

—Estaba nervioso y trabajé deprisa. Sí, fui yo, naturalmente. Quería encontrar algún indicio que relacionara a Lucania con el ruso. No lo encontré.

—¿Y dices que Jean-Pierre Prisco es objeto de vigilancia?

—Sí.

—¿Quién le vigila?

—Los agentes soviéticos.

—¡Absurdo, Samuel!

—Los agentes soviéticos —repitió el anticuario con deliberada calma—. No lo diría si no estuviera seguro. He conseguido que un amigo mío identificara a uno de los que se han ido sucediendo en la tarea. Se llama Grigory Salonov y es, sin lugar a dudas, un

funcionario de la embajada de la U.R.S.S., bien conocido en ciertos medios. Era precisamente Salonov quién estaba en el restaurante de la Rué Bobillot cuando tú apareciste para hablar con Prisco.

—¿Quieres decir en el interior del restaurante?

—¡Quiero decir en el interior, comiendo en una de las mesas! ¿Por qué te figuras que escapé cuando tú me viste y te echaste encima como un lobo? El ruso no perdía detalle de cuanto se relacionaba con su hombre.

—¿Cuál es tu idea, entonces…? ¿Son los soviéticos quienes han eliminado a Lucania, a Marie Marchand y a los dos Cozza? ¿Se disponen, en consecuencia, a suprimir a Prisco en cuanto tengan ocasión?

—Sí.

—¿Por qué? ¿Con qué motivo?

—No lo sé.

—¿Nada que hayas averiguado desde anoche te sugiere un motivo?

—Nada.

—¿Me has citado aquí para decirme que los rusos vigilan a Prisco?

Reinach hizo un ademán de impaciencia.

—¿No te das cuenta de lo que eso significa? Prisco debe ser un elemento importante, el último superviviente de un grupo que ha sido exterminado sin piedad. El único medio de descubrir lo que está sucediendo, consiste en enterarnos de qué cosa despierta el interés de los agentes soviéticos, y ello antes de que sea demasiado tarde. Jean-Pierre Prisco vive en una travesía de la Rué Tobiac, no lejos del gimnasio. Estará en éste, si no ocurre algo imprevisto, hasta la hora de cenar. Si pretendemos…

—Samuel —dijo Leslie gravemente—. Samuel, escúchame.

El anticuario le miró con sorpresa.

—¿Y bien?

—¿Puedes conseguirme inmediatamente una pistola, Samuel?

—¿Te has vuelto loco?

—Si ver las cosas con claridad es volverse loco, sí. Estás equivocado, como lo estabas al suponer que Pugaciov se hallaba aquí en misión especial y me había citado para proponerme trabajar a su

servicio’;
pero aciertas, al propio tiempo, como acertaste al pensar que el general ignoraba todo lo relacionado con mi paso del Servicio Secreto a la CIA. Sea como sea, no tenemos tiempo que perder.

Reinach titubeaba, perplejo, escrutando la expresión que el rostro de Leslie había repentinamente adquirido.

—No te comprendo, Gennerich.

—He preguntado si puedes conseguirme una pistola.

—Claro qué puedo. Pero ¡por favor!, no cometamos insensateces. No te he contado todavía lo que hice anoche y la maniobra con que logré…

Leslie alzaba su vaso de ajenjo y lo apuraba de un trago.

—Todo eso no tiene la menor importancia.

—¡Gennerich!

—Lo siento. —El americano se puso resueltamente en pie—. Un caballero francés y su hija están a punto de despedirse de París para establecerse en Ginebra e iniciar una nueva vida que el mundo entero va a envidiarles. Necesito una pistola y un coche, lo demás no cuenta. ¿Vamos, Samuel?

El judío asintió sin una palabra.

La pistola.

El coche.

Leslie palpó instintivamente el arma guardada en el bolsillo interior de su chaqueta y detuvo el vehículo junto a la acera de la Rué Bobillot.

—Apéate —dijo—. Con naturalidad, Samuel. Finge que hablas conmigo por la ventanilla y trata de percatarte de la situación.

Reinach se pasó las manos por la calva.

—No sé, Gennerich, no acaba de gustarme esto… —Abrió la portezuela para apearse—. Se parece demasiado a una carrera de obstáculos…

—Haz lo que te digo.

El anticuario obedeció.

En la acera contraria, con un feo rótulo indicador, la nave donde se hallaba instalado el gimnasio que regentaba Prisco se veía iluminado por algunas luces.

Inclinado hacia la ventanilla del coche, Reinach miró con

precaución calle arriba y calle abajo.

Emitió un gruñido.

—Están ahí. Hay uno, un hombre solo, parado frente al restaurante. Pero el auto de la esquina es uno de los que han usado durante el día, y dentro se ve brillar la brasa de un cigarrillo. Son por lo menos dos.

Leslie podía ver cuánto su compañero le indicaba.

Se desperezó negligentemente.

—Me pregunto si su meta y la nuestra estará aquí, en el mismo gimnasio. ¿Qué siente en este momento, Samuel?

Los ojos del anticuario brillaban en la oscuridad.

—Desconcierto.

—¿Te has extraviado alguna vez, de noche, en un bosque desconocido?

—Creo que me he extraviado ahora.

Leslie sacudió la cabeza.

—No me refiero a eso. Existe una sensación peculiar, que uno experimenta cuando, después de caminar sin rumbo en las tinieblas durante horas, descubre entre los árboles las luces de una población, sale al camino, ve las formas familiares del paisaje y comprende que dentro de poco estará en casa, metido entre sábanas, abrazado a la almohada, sumido en una modorra de placer. Una sensación única en el mundo. La misma que en estos momentos experimento yo.

Reinach rió sordamente.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por darme aliento… Un minuto, Gennerich. Fíjate.

Leslie se enderezó en el asiento.

Tres hombres salían del gimnasio. Se habían apagado las luces.

Uno de los tres era un muchacho desconocido. Otro era el sujeto de cara averiada y orejas de coliflor.

El tercero era Jean-Pierre Prisco.

—Poco ha faltado para que llegáramos tarde —dijo Leslie entre dientes.

Los tres hombres, parados en la acera, se despedían.

—¿Qué hago? —preguntó Reinach.

—Aguarda. ¿Conoces el coche de Prisco? ¿Lo tiene ahí?

—Sí, lo tiene. Es ese «203» gris claro.

—Aguarda…

El muchacho y el sujeto de cara averiada comenzaban a alejarse, a pie, calle abajo.

Prisco no se movía.

El hombre parado frente al restaurante miraba en aquella dirección.

Luego el corso echó a andar a su vez, y lo hizo con rumbo al restaurante, de cara al hombre que le vigilaba desde la esquina.

—Pueden matarle —dijo apresuradamente Reinach—. Pueden apoderarse de él. No habrá apenas testigos.

—No es eso lo que desean.

—¿Cómo sabes lo que desean?

—Cállate.

Unos segundos.

El hombre de la esquina encendió un cigarrillo.

Prisco llegó a la altura del restaurante y entró en éste. El hombre terminó de encender el cigarrillo, dio unas chupadas y le siguió.

—Ha ido a cenar —aventuró el anticuario. Carraspeó—. ¿Cuánto tiene que durar esto, Gennerich?

Leslie contemplaba la puerta del gimnasio.

—Presta atención —dijo al cabo de un momento—. Hay, creo yo, un cincuenta por ciento de probabilidades de que tengamos al alcance de la mano la solución del problema. Debo intentarlo, y el tiempo que Prisco dedique a cenar nos brinda la ocasión propicia. Voy a entrar en el gimnasio, ¿entiendes? Forzar ese portillo, destartalado será un juego.

Reinach tenía todo el cuerpo en tensión. Sus manos se crispaban en la ventanilla.

—¿Puedo saber ya qué es lo que buscas?

—Busco a un hombre.

—¿Valerian Pugaciov? —Sí.

—¿No estás soñando?

—Todos tenemos derecho a hacer nuestros sueños realidad —dijo el americano burlonamente.

Hubo un silencio.

—Muy bien —suspiró Reinach—. Creo que empiezo a comprender. Intenta forzar la puerta, ahí, en plena calle, ante los

ojos de los transeúntes, ante los individuos que vigilan desde el coche de la esquina, y ya veremos lo que pasa. No te niego el derecho, por supuesto que no.

Leslie, sonriendo, sacó del bolsillo unas llaves sujetas por un aro de alambre. Abrió el aro, retiró las llaves, extendió el alambre y dobló su extremo formando un ángulo determinado.

Luego se apeó.

—Tú tienes también tu parte en la tarea, Samuel. —Asió al judío por un brazo—. Muy simple. Ve al «203» de Prisco y deshínchale uno de los neumáticos. A continuación, abre los ojos. Si adviertes alguna anormalidad antes de mi regreso, entra en el gimnasio y avísame.

—Muy simple —asintió Reinach con amargura. Miró al americano a la cara—. ¿Puedo pedirte un gran favor?

—Di.

—Si dejo la piel en esto y tú escapas con vida, ocúpate de Esther. Me gustaría que conservara buen recuerdo de su padre.

Leslie le oprimió el brazo.

—*Okey*.

Ambos sabían que estaba dicho todo.

Muy simple.

Volviendo la espalda a Reinach, desentendiéndose por completo de él, cruzó el americano la calle coa naturalidad y anduvo en línea recta hacia la puerta del gimnasio. Su actitud era la de alguien que ejecuta una rutina diaria.

El local tenía una gran puerta de madera, que caso de ser utilizado aquél como almacén o garaje, hubiera permitido el paso de un camión. En la puerta había un portillo, y en el portillo una placa esmaltada que reproducía a escala reducida el rótulo de la fachada.

Una rutina diaria.

Leslie introdujo el alambre en el ojo de la cerradura, lo movió unos instantes por tanteo, halló la resistencia que esperaba, y tiró.

No había empleado más tiempo que el necesario para que un hombre algo más torpe de lo común manipulase una cerradura mal engrasada.

El portillo estaba abierto.

Guiándose por lo que recordaba de su anterior visita, Leslie

avanzó a tientas hacia la derecha, donde había visto lo que debían ser oficinas, vestuarios y otras dependencias. Buscaba el interruptor eléctrico de algún departamento interior cuya luz no pudiera ser vista desde la calle, y palpó largo trecho de pared antes de encontrar lo que le pareció conveniente.

Probó.

Sí.

Un vestuario, con sus armarios, bancos y perchas.

La atmósfera era maloliente.

La luz bastaba.

Apretados los puños y los dientes, Leslie se detenía momentos después ante una puerta cerrada.

¿Allí?

Cualquiera sabía.

Probó el alambre.

No.

A diferencia del inocente portillo exterior, la puerta tenía una cerradura resistente, moderna y de buena calidad. El alambre era con ella perfectamente inútil.

¡Una buena y sólida cerradura!

Leslie retrocedió apresuradamente a la sala principal del gimnasio, tomó una de las mazas colocadas en un soporte de la pared y volvió a la puerta.

¿Allí?

Uno, dos, tres, cuatro golpes meticulosamente calculados, que resonaron como cañonazos en el solitario ámbito de la nave, Otro golpe aún.

La cerradura había resistido, pero la madera, astillada, no, y Leslie abrió la puerta de un puntapié.

¡Podría ser allí!

La puerta no daba paso a una nueva dependencia, sino al arranque de una escalera descendente.

Un interruptor. Una luz que se encendía abajo.

Abajo.

Leslie bajó sin titubear.

Se encontró en un amplio sótano, que a simple vista parecía ocupar más de la mitad de la superficie del local. Con excepción de un montón de cuerdas, de unas viejas paralelas y de un potro

averiado, nada allí relacionado con la gimnasia. Las tres bombillas desnudas pendientes del techo revelaban una hilera irregular de cajones de embalaje, abiertos todos.

Cada uno de los cajones ostentaba la inscripción «Frágil» en tres idiomas: inglés, francés y otro, que Leslie supuso sería turco. Lo era. Los cajones llevaban además una etiqueta que rezaba en francés: «Manufacturas Artísticas. —Esmirna—. Turquía».

Una puerta entreabierta.

Leslie frunció los labios como para silbar al asomarse y encender la luz. Tenía ante sí una pieza de reducidas dimensiones, acondicionada como laboratorio ¡Manufacturas artísticas!

Estatuillas, jarros, objetos, reproducciones de antigüedades egipcias y mesopotámicas, como de costumbre. Sólo que en el interior de algunos de aquellos objetos, muy bien oculto, venía de Oriente Medio un polvo blanco.

Cocaína.

Un pequeño y elemental laboratorio bastaba para disminuir su concentración y convertirla en el producto comercial que las ratas de cloaca como Ettore Lucania vendían al por menor a quienes a la vida preferían los sueños.

Leslie siguió adelante y encendió más luces. Descubrió al fondo del sótano un pasillo, y en el extremo de éste una escalera de caracol y un montacargas. Junto al montacargas, una carretilla.

Aquello no comunicaba ya con el gimnasio. Salía más allá, quizá al patio trasero, quizá a un edificio posterior.

No importaba.

Había prisa, una prisa infernal, una prisa loca.

Puertas.

Nada.

Luego sí.

Leslie descorrió un simple pestillo y se encontró casi pisando a un hombre tendido en el suelo sobre un jergón, semidesnudo, la boca cubierta por una mordaza, muñecas y tobillos atados con alambre.

Durante unos segundos eternos los ojos del hombre escrutaron los suyos, y a continuación se inundaron de asombro y alegría.

Era Valerian Pugaciov.

Viejo, gastado, abrumado, vencido, pero el mismísimo Valerian

Pugaciov de Teherán y Yalta, elegante bebedor del mejor vodka del mundo.

Leslie se arrodilló junto a él y le arrancó la mordaza.

—A veces es complicado acudir a una cita —dijo con suavidad—. Sin embargo, yo tengo por norma no faltar a ninguna si quien me ha citado es un amigo verdadero.

El ruso no podía hablar. Movía la cabeza afirmativamente, trataba de respirar a fondo y, al propio tiempo, de dominar la súbita emoción que le había embargado.

Leslie comenzó a librarle del alambre que aprisionaba sus tobillos, deprisa, deprisa, desollándose los dedos en la tarea.

Se detuvo de pronto.

Alguien llamaba a media voz:

—¡Gennerich! ¡Gennerich!

¡Deprisa!

Era Samuel Reinach.

Cuando los pies de Pugaciov estuvieron libres, Leslie salió al pasillo y vio al anticuario avanzar apresuradamente a través del sótano.

—¿Qué ocurre?

—¡Prisco viene detrás de mí!

—Déjale que venga.

—¡Pero los rusos le seguirán!

—Déjales que vengan —repitió Leslie con una sonrisa. Sacó del bolsillo la pistola—. No esperaba que Prisco terminara de cenar tan pronto.

—No ha cenado. —Reinach se detuvo ante él, sudorosa la calva—. Creo que se ha hecho preparar un paquete de comida, e inmediatamente ha venido hacia aquí. No podía menos que notar que la puerta estaba abierta. Me he anticipado…

Sonó un tiro en el extremo opuesto del sótano.

—Cuerno —murmuró Leslie.

Se volvió hacia la habitación donde había dejado a Pugaciov, para acudir en ayuda de éste, y en aquel momento apareció Jean-Pierre Prisco en la escalera que conducía al gimnasio.

Gritaba.

No era él quien había disparado, empero, pues el arma que blandía en la mano era sólo una navaja corsa.

De su recio dominio de sí mismo, de su sombrío vigor, nada quedaba. Era un energúmeno desmelenado, furioso, enloquecido por la cólera y la desesperación.

Leslie le contempló con asombro.

Luego vio en la escalera a dos hombres más, y ellos sí empuñaban armas de fuego. Bajaban tranquilos, seguros de haber atrapado en su ratonera a su presa.

—Vámonos.

Reinach dio un respingo.

—¿Por dónde? Nos cortan la retirada.

—Hay otra salida al fondo del pasillo. Vámonos. Ayúdame.

—¿Ayudarte a qué?

—Pugaciov está ahí.

—Pu-ga-ciov —articuló el judío—. Luego, tú idea…

—Sí.

El ruso, maniatado todavía, apareció en aquel momento en la puerta de la habitación, tambaleándose, pálido como un muerto.

Leslie acudió a sostenerle.

Otro disparo.

Prisco se había detenido en mitad del sótano para revolverse contra los agentes soviéticos, uno de los cuales acababa de hacer fuego contra él. Arrojó rabiosamente su navaja corsa. —Lucania, Martine, Marie Marchand, Pierrot Cozza, cuatro puñaladas en el corazón—, que fue a clavarse en el pecho del hombre.

El otro disparó a su vez.

Prisco cayó de rodillas.

—Vámonos.

Leslie empujaba a Pugaciov hacia el fondo del pasillo.

Subían por la escalera de caracol cuando el segundo agente soviético, tras haber rematado al corso de un tiro en la cabeza, echó a correr en su persecución.

Una bala de la pistola de Leslie le obligó a buscar refugio.

En lo alto de la escalera había una puerta cerrada.

Leslie reventó la cerradura de un balazo.

—Vuelve —anunció Reinach.

El ruso se lanzaba de nuevo al ataque. Probablemente no veía con claridad lo que estaba ocurriendo, porque la escalera de caracol se hallaba sumida en la penumbra, pero sin duda adivinaba que la

codiciada presa escapaba ante sus narices.

Leslie murmuró:

—Déjale.

Era tiempo.

Salió con Pugaciov a un patio, y Reinach detrás.

Un nuevo disparo abrió la puerta que desde el patio conducía a los bajos del edificio del lado contrario. Se oían gritos en la vecindad, en muchas ventaras se encendían luces.

¿Y qué?

En los bajos del edificio. —Leslie lo vio al pasar, en la penumbra — había instalado un almacén de objetos de arte.

¡Oh, por supuesto!

Desde las «Manufacturas Artísticas» de Esmirna, en Turquía, hasta Valerian Pugaciov y el NKVD, pasando por Ettore Lucania y el sótano del gimnasio de Jean-Pierre Prisco, todo se había encadenado.

Se oía correr en el patio, tontamente, al agente soviético.

Otra puerta.

La calle.

Delante mismo del almacén de objetos de arte se hallaba estacionado con el motor en marcha un «Regence» azul.

Se abrió la portezuela.

—Subid.

—¡Esther! —exclamó roncamente Reinach.

Sobreponiéndose a la sorpresa, Leslie empujaba va a Pugaciov al interior del coche.

—¿Qué hace usted aquí?

La muchacha lanzó una sorda y nerviosa carcajada.

—Vengo siguiéndoles desde que se encontraron en «La Fournie». ¿Iba a perderme esta ocasión? Diga, ¿iba a perdérmela?

—No lo sé.

El autoarrancó con la portezuela todavía abierta.

—He pensado que escaparían por detrás —dijo la joven—. He pensado que, si no escapaban por detrás, no escaparían de ningún modo. Ha quedado un hombre guardando la entrada del gimnasio. Era jugar a cara o cruz…

Reinach gimió, pero guardó silencio.

Aferrando con su mano el brazo de Valerian Pugaciov, Leslie

miró, atrás en el momento en que doblaban la esquina.

Vio al agente ruso salir del almacén.

Tarde.

Luego cerró los ojos y se recostó en el asiento.

Habían quedado atrás las tinieblas del bosque desconocido. Ver las formas familiares del paisaje, las luces de la ciudad, el viejo camino, ¡oh, Dios!, era una sensación como de éxtasis.

Reinach preguntó:

—¿Otro coñac?

Somnoliento, acomodado en la lujosa sala de estar de la tienda de antigüedades, Leslie movió negativamente la cabeza.

—Más tarde, gracias —dijo. Seguía el sinuoso hilo de sus pensamientos, absorto en un sistema de ideas que ya pertenecía al pasado y que, sin embargo, se resistía a caducar—. Fue todo culpa de esa estúpida condesa. ¡Ella y sus Al Capones de baratillo! Naturalmente, Ettore Lucania no tenía capacidad suficiente para hacer sólo el trabajo, pero sí la tenía para cometer una doble traición. Comprendió enseguida que la persona de Valerian Pugaciov representaba una fortuna, muy superior al pasaje a América y la salida clandestina de Francia que Olga Koroptina le había ofrecido. Pidió ayuda a su amigo Jean-Pierre Prisco, que era su proveedor secreto de cocaína, y entre ambos encerraron a Pugaciov en el sótano del gimnasio e inventaron la historia del secuestro. Luego gestionarían el rescate, con nosotros, los rusos, con quien pagara mejor. Pero Lucania, no contento con traicionar a la condesa, planeaba traicionar también a su socio, y sin decirle nada a éste vigiló mi llegada a París, localizó mi hotel y vino a visitarme. Ahora bien, Prisco desconfiaba. Le siguió. Le mató en mi habitación; muy satisfecho de quedarse él solo con el negocio. No tuvo tiempo de retirar el cadáver hasta después porque le sorprendió mi regreso, pero debía a toda costa retirarlo para no comprometerme, pues yo era uno de los presuntos compradores que podían intervenir en la subasta de Valerian Pugaciov… En fin, tres personas conocían lo bastante bien a Prisco y estaban al corriente de sus relaciones con Lucania como para adivinar la verdad: Martine y Pierrot Cozza, y Marie Marchand. Los tres murieron. Marie fue asesinada en su casa, y los dos Cozza cuando, sucesivamente, como resultado de las investigaciones que

practicaban cada uno por su lado, acudieron a Prisco para pedirle cuentas. El quedó tranquilo después de esto. Sabía perfectamente que cualquier pesquisa conduciría hasta el cadáver de Marie Marchand, hasta el de Lucania, o hasta la condesa Koroptina, quien seguramente nunca había oído siquiera mi nombre. Todo era cuestión de esperar a que la tempestad se calmara un poco para, entonces, poner en venta el botín.

Reinach se acariciaba la calva con aire soñador.

—Pero los rusos sospecharon —dijo.

—Sospecharon y nada más, como en cualquier momento hubiéramos sospechado nosotros —asintió Leslie—. Imagino que vigilaban a Prisco únicamente porque saltaba a la vista que estaba próximo o remotamente conectado al asunto. Le daban cuerda por si quería ahorcarse.

—¿Qué opina de esto el comisario Junot?

—¿Opinar? Valerian Pugaciov ha salido rumbo a los Estados Unidos en un avión especial de la USAF, y Junot ni siquiera sabe que existe. No conoce más que la apariencia de las cosas: un chanchullo de cocaína, una pelea entre corsos, un montón de basura. Las huellas dactilares de Prisco han sido halladas en lugares comprometedores, y es evidente que su navaja cometió cuatro asesinatos. ¿Qué va a hacer el comisario? Me ha dado veinticuatro horas para salir de Francia y no volver, porque cree que estoy complicado en el negocio, pero no puede probarme nada. Quizá alguien le abra los ojos, con el tiempo.

Reinach se escanciaba coñac.

—¿Cumplirás la orden? ¿Saldrás de Francia?

Leslie le tendió su copa vacía.

—Regreso a Londres mañana a primera hora.

Hubo un silencio.

Un largo silencio.

Luego, desde el fondo de la sala, llegó la voz de Esther:

—Suiza no es Francia. ¿Vendrá usted a visitamos a Ginebra, señor Gennerich? Leslie bebió un sorbo.

Sueños.

¿Por qué no?

—Será un placer —dijo—. Habrá que ver cómo viven allí un respetable caballero francés y su hija…

Miró hacia el fondo de la sala, por encima de la calva de Reinach, y halló los ojos de la joven pendientes de los suyos.

Algunas cosas no eran sueños. Algunas no lo eran desde que comenzaban.

No se soñaba entre dos.

Alzó sonriente la copa y bebió por la maravillosa realidad que, de un modo u otro, sin él saberlo, sin ella saberlo, había comenzado ya.

FIN

NOTAS

[1] Mike Reilly fue durante la presidencia de Franklin D. Roosevelt, jefe del destacamento de agentes del Servicio Secreto de los Estados Unidos que monta guardia permanente en la Casa Blanca. El Servicio Secreto es un organismo dependiente del Departamento del Tesoro, como la Oficina de Narcóticos, las Aduanas, la «Alcohol & Tax División» y otros menos célebres por la eficiencia de sus hombres, los popularmente llamados T-men.

La ley determina que el presidente de los Estados Unidos debe ser constantemente vigilado y protegido por el Servicio Secreto: tiene siempre, le guste o no, un agente ante su vista. Esta vigilancia se intensifica en los viajes al extranjero, y fue extraordinaria durante la última guerra mundial. Los pormenores de las conferencias de Teherán y Yalta que aquí se exponen son auténticos. < <

[2] United State Air Forcé (Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos). <<